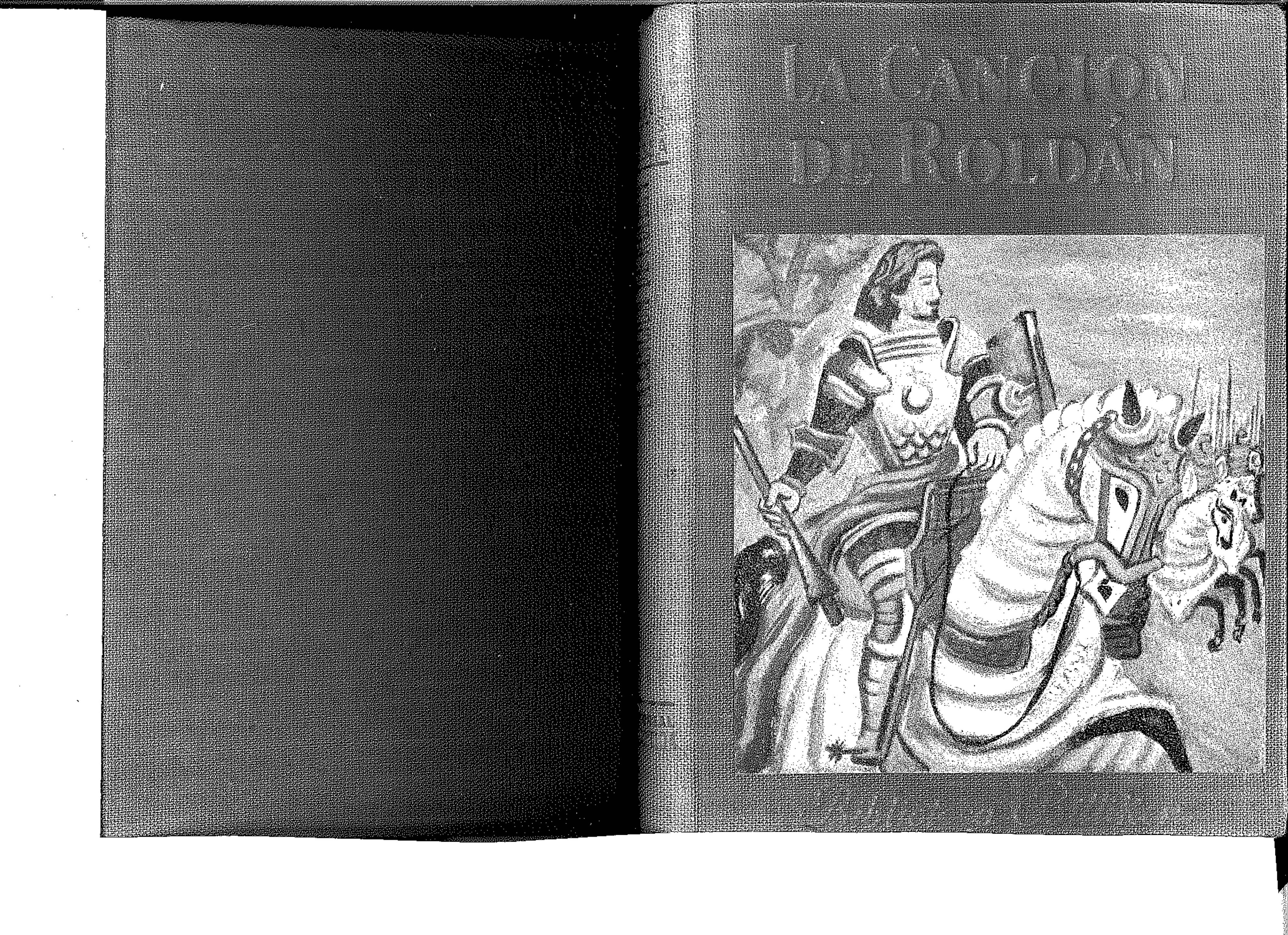

LA CANCION
DE ROLDAN

LA CANCION DE ROLDAN

BIBLIOTECA BILLIKEN

COLECCION ROJA

(ANTOLOGIAS Y RESUMENES)

ESTE LIBRO. — Entre los mejores poemas de la Edad Media, la *Canción de Roldán* se destaca con características valiosas e inconfundibles. En esta obra maestra de la literatura francesa primitiva, lo histórico se enlaza con lo legendario, y lo real con lo maravilloso. La gesta del esforzado paladín carolingio da oportunidad al viejo poeta para evocarnos, sobre un vasto friso de hazañas, toda una época y su brío caballeresco.

Las dificultades que el añejo lenguaje del poema acumula para el estudiante o para el lector no especializado han sido obviadas en Europa con versiones y adaptaciones al francés moderno. La presente traducción castellana, adaptada y reducida sólo en parte, conserva en lo fundamental las modalidades del texto originario, con lo que se espera facilitar su lectura y difundir su conocimiento entre nosotros.

El distinguido escritor y profesor Angel J. Battistessa, autor de esta versión y del amplio glosario con que se acrecienta su valor didáctico, ha editado importantes textos medievales y diversos estudios sobre temas de lingüística, literatura y arte, que justifican su merecido renombre.



ANGEL J. BATTISTESSA

LA CANCION DE ROLDAN

Ilustraciones de LISA

SEGUNDA EDICIÓN

EDITORIAL ATLANTIDA, S.A.
BUENOS AIRES

LIBRO DE EDICION ARGENTINA
Se acabó de imprimir el día 19 de agosto de 1947 en los Talleres de la Editorial Atlántida, Azopardo 579, Buenos Aires.

ADVERTENCIA

La "Canción de Roldán" es una epopeya o cantar de gesta, es decir, un poema narrativo en que se cuentan hazañas heroicas realizadas por hombres de mérito excepcional. Así, por ejemplo, la "Ilíada" y la "Odisea" atribuídas a Homero, la "Eneida" de Virgilio y el "Poema de Mio Cid", compuesto por un anónimo juglar castellano, son cantares de gesta.

La "Canción de Roldán" es la más famosa de las composiciones de este género con que cuenta la literatura francesa y sin duda la más artística entre todas las de la Edad Media. Su asunto lo constituye un episodio histórico-legendario: el desastre sufrido frente a los musulmanes por una parte del ejército del emperador Carlomagno en el desfiladero de Roncesvalles, en los montes Pirineos, entre España y Francia. Ese episodio se remonta al siglo VIII de nuestra era, pero el poema, según toda probabilidad, fué compuesto hacia fines del siglo XI o comienzos del siglo XII. El

original, del que se conservan varios códices o copias realizadas a mano, está escrito en verso. Se ignora quién fué el autor, pues no se puede saber con toda exactitud si el Turoldo al que se alude en la última página fué el creador, o un copista o un simple recitador del texto.

Ello poco importa. El interés del viejo y venerable poema reside en que descubre al lector actual — como hace siglos a los atentos oyentes que lo escuchaban en castillos, mesones y caminos — una visión animada de esa misma Edad Media caballeresca y heroica. Las costumbres y los usos de aquellos tiempos, a veces rudos, pero casi siempre ejemplares y generosos, aparecen pintados con sobrio y brillante colorido. A pesar de algunos episodios extraordinarios y de la intervención de lo maravilloso, el poeta muestra un profundo conocimiento del corazón humano. Los hombres que presenta no son perfectos: sin embargo, de todos ellos — y en particular del emperador Carlos, del intrépido Roldán, del juicioso Oliveros y del devotísimo y bravío arzobispo Turpín — se desprende una loable lección de valentía, de lealtad y de consagración amistosa.

"El pueblo — ha dicho J. Fabre, un distinguido comentarista contemporáneo — puede gustar la eterna juventud de esta poesía sencilla y apasionada, que sólo pone en juego los sentimientos más elementales de la humanidad, y en la que todo

es acción que glorifica la fe, el desinterés, el sacrificio, la amistad, el esfuerzo, el honor, el patriotismo",

A pesar de la ruda violencia de algunos pasajes, en la "Canción de Roldán" el joven de nuestros días podrá encontrar toda una serie de útiles y bellas enseñanzas.

En este volumen se le ofrece el desarrollo del poema, en una especie de traducción compendiada. Con frecuencia se trasladan fragmentos bastante extensos del antiguo texto francés, idiomáticamente tan complejo. Sólo algunos pasajes han sido adecuadamente abreviados con el fin de facilitar la lectura. Se han respetado, en cambio, los detalles de significación histórica y las formas de decir que procuran una impresión casi directa y suficientemente precisa del antiguo original francés. Los nombres de persona y de lugar se dan, en lo posible, según sus equivalentes castellanos. En el deseo de aclarar los diversos pasajes del texto, al final de este tomito figuran pertinentes notas explicativas. A través de la versión castellana, los estudiantes y las personas no especializadas podrán obtener así una noción sumaria, pero rigurosa y fidedigna, del bello y venerable poema de Francia.

A. J. B.

original, del que se conservan varios códices o copias realizadas a mano, está escrito en verso. Se ignora quién fué el autor, pues no se puede saber con toda exactitud si el Turoldo al que se alude en la última página fué el creador, o un copista o un simple recitador del texto.

Ello poco importa. El interés del viejo y venerable poema reside en que descubre al lector actual — como hace siglos a los atentos oyentes que lo escuchaban en castillos, mesones y caminos — una visión animada de esa misma Edad Media caballeresca y heroica. Las costumbres y los usos de aquellos tiempos, a veces rudos, pero casi siempre ejemplares y generosos, aparecen pintados con sobrio y brillante colorido. A pesar de algunos episodios extraordinarios y de la intervención de lo maravilloso, el poeta muestra un profundo conocimiento del corazón humano. Los hombres que presenta no son perfectos: sin embargo, de todos ellos — y en particular del emperador Carlos, del intrépido Roldán, del juicioso Oliveros y del devotísimo y bravío arzobispo Turpín — se desprende una loable lección de valentía, de lealtad y de consagración amistosa.

"El pueblo — ha dicho J. Fabre, un distinguido comentarista contemporáneo — puede gustar la eterna juventud de esta poesía sencilla y apasionada, que sólo pone en juego los sentimientos más elementales de la humanidad, y en la que todo

es acción que glorifica la fe, el desinterés, el sacrificio, la amistad, el esfuerzo, el honor, el patriotismo",

A pesar de la ruda violencia de algunos pasajes, en la "Canción de Roldán" el joven de nuestros días podrá encontrar toda una serie de útiles y bellas enseñanzas.

En este volumen se le ofrece el desarrollo del poema, en una especie de traducción compendiada. Con frecuencia se trasladan fragmentos bastante extensos del antiguo texto francés, idiomáticamente tan complejo. Sólo algunos pasajes han sido adecuadamente abreviados con el fin de facilitar la lectura. Se han respetado, en cambio, los detalles de significación histórica y las formas de decir que procuran una impresión casi directa y suficientemente precisa del antiguo original francés. Los nombres de persona y de lugar se dan, en lo posible, según sus equivalentes castellanos. En el deseo de aclarar los diversos pasajes del texto, al final de este tomito figuran pertinentes notas explicativas. A través de la versión castellana, los estudiantes y las personas no especializadas podrán obtener así una noción sumaria, pero rigurosa y fidedigna, del bello y venerable poema de Francia.

A. J. B.

I. LA TRAICION DE GANELON

EL CONSEJO DE LOS SARRACENOS

CARLOS[1], el rey, el gran emperador, ha permanecido siete años enteros en España. Ha conquistado la alta tierra hasta el mar: no hay castillo que ante él resista, ni ciudad ni muro para echar por tierra, salvo Zaragoza, que se alza sobre una montaña. El rey Marsil[2] la domina, Marsil que no ama a Dios, que sirve a Mahoma[3] e invoca a Apolo[4]. Pero no podrá librarse de la desgracia que le espera.

Marsil está en Zaragoza, a la sombra de un vergel, entre mármoles azules; a su alrededor hay más de veinte mil hombres. Llama a sus jefes y les dice:

—Escuchad, señores, qué desventura nos agobia. Carlos, el emperador de la dulce

Francia[5], ha venido a este país para arruinarnos. No tengo ejército para provocarle a una batalla, ni gente que pueda dispersar la suya. ¡Aconsejadme, mis discretos caballeros, y salvadme de la muerte y la vergüenza!

Ningún pagano responde, menos Blancandrín, del castillo de Vallehondo. Entre los paganos, Blancandrín se destaca como uno de los más prudentes; es guerrero animoso y hombre de buen consejo. Así dice a su rey:

—¡No temáis! Enviad a Carlos un mensaje de fidelidad amistosa; le daréis osos, leones, lebreles, setecientos camellos y mil azores mudados, cuatrocientos mulos cargados de oro y plata y cincuenta carros. Aquí ya ha guerreado bastante; es tiempo de que vuelva a Francia, a Aquisgrán. Prometedle que le seguiréis allí, en la fiesta de San Miguel[6], para recibir la ley cristiana. Si quiere rehenes, enviadle diez o veinte para inspirarle confianza. Enviémosle los hijos de nuestras mismas esposas: aunque le toque morir, yo mandaré al mío. Rueden sus cabezas antes que perdamos las nuestras, con nuestros títulos y dominios.

Blancandrín agrega luego:

—Pronto veréis alzar el campamento. Los franceses se irán a su tierra de Francia, y llegará el término del plazo, y pasará, sin que de nosotros sepan noticia alguna. Como el rey Carlos es duro y su corazón terrible, mandará degollar a los rehenes. Pero es mejor que pierdan ellos la cabeza antes que perder nosotros la clara y bella España, o soportar muchos males y quebrantos.

—¡Tal vez sea oportuno comportarse de ese modo! —dicen los infieles.

Marsil termina de aconsejarse, y llama a varios servidores. Entre los más felones ha elegido diez, y les comunica sus propósitos:

—Señores barones[7], id a Carlomagno. Llevaréis en las manos ramos de olivo, en señal de paz y humildad. Si sois bastante listos para reconciliarme con él, os regalaré mucho oro y plata, y cuantos feudos y tierras queráis.

—¡Esas promesas nos colman! —exclaman los infieles.

Marsil hace traer entonces diez mulas blancas, don del rey de Cilicia; los frenos son de oro y las sillas de plata. Los mensajeros han montado ya y llevan ramos de olivo. Después parten hacia donde está Carlos, que tiene a Francia bajo su dominio, y que no podrá evitar la celada que se le tiende.

EL CONSEJO DE LOS FRANCESES

Carlomagno se muestra alegre y de buen humor. La ciudad de Cordres ya es suya. Ni un infiel ha quedado en ella; todos han recibido la muerte o han sido bautizados.

El emperador aparece en un vasto vergel. Lo rodean Roldán[8] y Oliveros [9], el duque Sansón y el altivo Anseís, Godofredo de Anjou, gonfalonero[10] del rey, y también Garín y Gerer, y con ellos otros muchos; son quince mil caballeros de la dulce Francia. Están sentados sobre tapices de seda blanca, y juegan para distraerse; los más juiciosos y más viejos juegan al ajedrez[11], y los ágiles donceles esgrimen sus espadas.

Bajo un pino, junto a un rosal silvestre, se eleva un trono todo de oro puro. Allí está

sentado el rey que es dueño de la dulce Francia: tiene la barba blanca y la cabeza florida[12]; su cuerpo es hermoso y su apostura magnífica. Si alguno le busca, no hay necesidad de mostrárselo. Los mensajeros de Marsil descabalgan y le saludan con gran reverencia y afecto. Habla primero Blancandrín, y dice al rey:

—¡Salud, en nombre de Dios, en nombre del Señor glorioso a quien debemos adorar! El valiente rey Marsil, mi amo, quiere haceros homenaje de sus riquezas. Pero ya morasteis mucho tiempo en esta tierra; conviene que tornéis a Francia, a Aquisgrán. Allí os seguirá, según lo ha prometido.

El emperador baja la cabeza y medita. Nunca se muestra precipitado en sus palabras; tiene por costumbre hablar con reposo y mesura. Cuando levanta la cabeza, su rostro aparece animado de valor:

—Bien hablasteis —dice a los mensajeros—, pero el rey Marsil es mi gran enemigo. ¿En qué medida debo fiarme en las palabras que acabáis de decir?

—Tendréis rehenes— dice el sarraceno—.

Cuando estéis de vuelta en vuestro castillo señorial, y llegue la gran fiesta de San Miguel del Peligro, mi amo os promete seguiros hasta vuestras fuentes de Aquisgrán[13], y ahí pedirá convertirse al cristianismo.

—De ese modo, aún puede salvar su alma —responde el emperador.

La tarde es hermosa, el sol radioso. Carlos hace llevar las diez mulas al establo, y ordena levantar una tienda en un vasto vergel. Ahí se instalan los diez mensajeros. Doce sargentos los atienden, y ahí pasan la noche hasta que despunta el claro día. El emperador se levanta muy de mañana; asiste a la misa y a los maitines. Luego se encamina hacia un pino y convoca a sus barones a consejo. No le agrada emprender nada sin antes conocer la opinión de sus franceses.

En ese sitio están ahora el duque Ogier y el arzobispo Turpín[14], Ricardo el viejo y Enrique, su sobrino; el animoso Acelino, conde de Gascuña, Tibaldo de Reims y Milón su primo, y Garín y Gerer. Con ellos, llegan el conde Roldán y Oliveros el valeroso y noble. Hay allí más de mil franceses de Françia. También acude Ganelón[15] —el que tramó la traición— y muy luego empieza ese consejo malaventurado.

—Señores barones — dice el emperador Carlos —. El rey Marsil me ha enviado sus mensajeros. Quiere donarme gran parte de sus riquezas, pero me pide que vaya a Francia: me seguirá a mi palacio de Aquisgrán y recibirá nuestra fe. Se hará cristiano y obtendrá de mi mano sus dominios. Pero ignoro cuáles son sus intenciones íntimas.

—¡Hay que ser cautos! — dicen los franceses.

El emperador ha manifestado ya su pensamiento. El conde Roldán, que no lo aprueba, se pone en pie y comienza a replicarle:

—¡Ay de vos si confiáis en Marsil! Durante los siete años que hemos estado en España, siempre ese rey ha mostrado ser un traidor. ¡Proseguid la guerra según la habéis comenzado! Llevad vuestro ejército hasta Zaragoza; si es preciso, poned sitio a la ciudad durante toda vuestra vida, y ven-

gad a aquellos que el felón hizo matar.

Al oír esto el emperador queda cabizbajo, sin responder a su sobrino. Los franceses callan excepto Ganelón, quien contradiciendo a Roldán aconseja al emperador Carlos que no desatienda las promesas del rey Marsil.

Luego avanza el duque Naimón[16]: en toda la corte no hay más fiel vasallo. Y dice al rey:

—Habéis oído la respuesta de Ganelón. Su parecer es juicioso y es preciso seguirlo.

Atento a ese consejo, Carlomagno pregunta quién podría ir a Zaragoza con un mensaje para Marsil. El duque Naimón pide la venia para hacerlo, y también Roldán y Turpín de Reims. El emperador se opone a estas propuestas que alejarían de su lado a tan valientes caballeros. Así pide le propongan a un barón de su propio dominio para que lleve el mensaje.

—¡Que sea mi padrastro Ganelón! —dice Roldán pensando honrarlo con esa propuesta.

El conde Ganelón siente, en cambio, una profunda angustia, y furiosamente se qui-



Allí está sentado el rey que es dueño de la dulce Francia.

ta el manto. Sus ojos relumbran. Su aspecto es enconado y desafiante. Se muestra tan hermoso que todos los pares lo admiran.

—¡Loco! —dice a Roldán—. ¿Por qué esa rabia contra mí? ¡Bien sabes que soy tu padrastro, y me señalas para tratar con Marsil! Si Dios permite que yo vuelva, te causaré tal quebranto que dure mientras vivas.

—Palabras orgullosas y locas — responde Roldán—. No me cuido de amenazas.

Ganelón sigue dando muestras de enojo, pero Roldán al verlo empieza a reír. Cuando Ganelón advierte que Roldán se ríe, sufre tan gran pesar que cree estallar de ira, y está a punto de desmayarse. Y dice al conde:

—Os odio, Roldán. Habéis hecho recaer en mí esta elección pérfida.

El emperador, al advertir que el valor de Ganelón no es muy grande, le ordena que marche a Zaragoza.

—Ganelón — añade el rey —, acercaos y tomad el bastón y el guante[17]. Ya lo oísteis: los franceses os han elegido.

—Señor —dice Ganelón—. ¡Todo esto es

una artimaña de Roldán. Nunca, en toda mi vida, volveré a quererle; ni a Oliveros, porque es su compañero, ni a los doce pares[18], por el gran afecto que todos le profesan. ¡Los desafío ante vuestra presencia!

—Estáis muy encolerizado — dice el rey —. Partiréis, puesto que os lo mando.

El emperador le tiende su guante de la mano derecha, pero el conde Ganelón desearía hallarse lejos de allí. Cuando va a tomarlo, el guante cae al suelo, y los franceses observan:

—¡Dios! ¿Qué presagia esto? Semejante embajada ha de traernos grave desdicha.

—Señores —agrega Ganelón—, ya conoceréis las nuevas.

Dicho esto se despide de Carlomagno.

—¡Id con Jesús, y en mi nombre! —dice el rey. Con la mano diestra le absuelve, haciendo la señal de la cruz. Después le entrega el bastón y el breve, la preciosa carta con el texto del mensaje.

El conde Ganelón se retira a su tienda, y se viste ricamente con las mejores armas que posee. Dice adiós a sus amigos, les encomienda que vuelvan a la dulce Francia y les pide lleven un último saludo a su mujer, a su hijo Balduino y a su amigo y par Pinabel. Y hecho esto, ya jinete, desaparece en el camino.

LA EMBAJADA DE UN TRAIDOR

Ahora, bajo los altos olivares cabalga Ganelón. Blancandrín, con los mensajeros, avanza lentamente para encontrarse con el conde. Ambos departen con gran astucia, y Blancandrín, después de elogiar a Carlomagno, insinúa a Ganelón que el emperador no debería permanecer más tiempo en España. Además, para ganarse la buena voluntad de su compañero de viaje, confiesa que él también detesta al sobrino del anciano señor de Francia.

Tanto cabalgan Ganelón y Blancandrín, que terminan por comprometerse en buscar el modo de hacer morir a Roldán. Tanto cabalgan por caminos y veredas, que ya echan pie a tierra en Zaragoza, junto a un tejo.

A la sombra de un pino se alza un hermoso trono tapizado de seda de Alejandría;

allí está el rey que domina en toda España; a su alrededor hay veinte mil sarracenos, pero ninguno dice una palabra, impacientes por escuchar las noticias. Por último, se acercan Ganelón y Blancandrín.

—Salud en nombre de Mahoma y de Apolo, cuyas santas leyes cumplimos — dice Blancandrín—. Hemos llevado a Carlos vuestro mensaje. Os envía uno de sus nobles barones, un hombre de Francia, muy poderoso. Por él sabréis si se os acordará la paz.

—Que hable —responde Marsil—, y nosotros le escucharemos.

Pero el conde Ganelón medita largo rato. Comienza a hablar con mucha astucia, como hombre ducho en estos trances. Comunica a Marsil que Carlomagno, el paladín, dará la mitad de España al rey sarraceno si éste se convierte a la fe de Cristo, y que de lo contrario lo llevará a Aquisgrán, donde le escarnecerá y dará muerte.

Marsil se estremece, oprime un dardo emplumado de oro y quiere herir a Ganelón, pero sus hombres lo retienen.

En seguida el rey cambia de color, y blan-

de su jabalina. Al ver esto, Ganelón pone mano a su espada y se apresta para la defensa.

—¡Evitemos la contienda! —dicen los infieles.

Ante el ruego de los sarracenos más nobles, Marsil ocupa de nuevo el trono. Y el califa dice:

—Nos ponéis en grave situación al querer matar al francés. Debéis oírle y escucharle.

Ganelón lleva un manto de marta cibelina recamado de seda de Alejandría. Lo arroja a tierra, y el manto cae en manos de Blancandrín[19]; en cambio se cuida de no abandonar su espada; bien la sostiene en su puño derecho por el pomo de oro. Hasta los infieles exclaman:

—¡He aquí un noble barón!

El caballero francés se adelanta hacia el rey moro, y le dice:

—Os enojáis injustamente; porque esto es lo que os pide Carlos, que reina en toda Francia: recibid la ley de Cristo, y él os otorgará en feudo la mitad de España. Su sobri-

no Roldán tendrá la otra mitad. ¡Por cierto que vais a tener un orgulloso vecino! Si no queréis aceptar este tratado, Carlos vendrá a sitiar a Zaragoza. A viva fuerza seréis cautivo y atado, y os llevarán a la ciudad de Aquisgrán. Un tribunal os condenará a perder la cabeza. Nuestro emperador os envía, pues, este breve.

Marsil palidece de rabia: rompe el sello de la carta, arroja la cera, ojea el contenido. Entonces el hijo del monarca sarraceno toma la palabra y dice al rey:

—Ganelón ha hablado como un loco. Se ha portado tan mal que no es justo que viva. Entregádmelo, y yo os haré justicia.

Cuando Ganelón escucha esto, blande su espada, retrocede hasta un pino y se apoya en el tronco, pronto para la defensa. Pero Marsil se retira a su vergel, adonde le siguen sus mejores vasallos, y con ellos Blancandrín, el del pelo encanecido, Jurfaret, su hijo y heredero, y el califa, su tío y amigo. Blancandrín dice:

—Llamad al francés, ha jurado servir nuestra causa.



—Nuestro emperador os envía, pues, este breve.

—Traedle —responde el rey. Y Blancandrín toma por la mano derecha a Ganelón y lo conduce al vergel del rey. Ahí se concierta entonces la vil traición.

—Amable caballero — le dice el rey Marsil—, me he comportado con harta ligereza cuando, llevado de mi cólera, quise mataros. Como desagravio os ofrezco estas pieles de marta cibelina, en que el oro que las adorna vale más de quinientas libras. Antes de la noche de mañana os habré pagado una indemnización magnífica.

—No la rechazo —responde Ganelón—. ¡Qué Dios, si así le place, os lo recompense!

Con perfidia, Marsil procura enemistar a Ganelón con Carlomagno, pero como fiel vasallo el conde defiende a su señor.

—Carlomagno —dice Ganelón— será invencible a pesar de sus muchos años. Y más aún mientras viva su sobrino. Porque, bajo la capa del cielo, nadie es tan valiente como Roldán. Es tan animoso como su compañero Oliveros. Y los doce pares, tan queridos por Carlos, forman su vanguardia con veinte mil caballeros. Con ellos está

tranquilo y no teme a ningún hombre.

Marsil insiste, pero Ganelón declara nuevamente que Carlomagno será invencible en tanto cuente con su sobrino Roldán.

—Buen caballero Ganelón —dice Marsil—; tengo un ejército tan hermoso como nunca habéis visto otro. Puedo reunir cuatrocientos mil caballeros. ¿Es posible con ellos combatir a Carlos y a sus franceses?

—Por ahora no — responde Ganelón —. Perderíais vuestros paganos. Dejaos de locuras y sed juiciosos. Dad al rey tantas riquezas, que todos los franceses queden asombrados. Por veinte rehenes que le enviéis, el rey se volverá hacia la dulce Francia. Tras él marchará la retaguardia. Su sobrino, el conde Roldán, irá al frente de ella, según creo, y Oliveros, el cortés y valiente. Los dos pueden contarse por muertos si consigo hacerme escuchar. Carlos verá abatido su orgullo, y cesará en su empeño de seguiros combatiendo.

—Buen caballero Ganelón — dice Marsil—, ¿cómo podría yo hacer para matar a Roldán?

—Bien sé decíroslo —responde Ganelón—. El rey llegará a los desfiladeros de Cize; tras él quedará la retaguardia. Su sobrino Roldán, el poderoso conde, y Oliveros, en quien tanto confía, y veinte mil franceses con ellos. Enviadles cien mil de vuestros paganos para que libren la primera batalla. Las tropas de Francia serán heridas y castigadas y las vuestras sufrirán también una dura matanza. Luego repetid el ataque. De entrambos no puede salir salvo Roldán. Habréis así cumplido una hermosa hazaña y en toda vuestra vida ya no tendréis guerra. Quien consiga dar muerte allí a Roldán le quitará a Carlomagno su brazo derecho. El emperador no podrá reunir más tantas fuerzas, y la Tierra Mayor[20] permanecerá en reposo.

Cuando Marsil oye esto, besa el cuello a Ganelón, en señal de confianza, y comienza a mostrarle sus tesoros.

En seguida el cauteloso rey sarraceno pide a Ganelón que jure traicionar a Roldán, y Ganelón así lo hace. A su vez, Marsil jura

que, si la retaguardia encuentra a Roldán, le atacará y dará muerte.

—Que se cumpla vuestro deseo —añade el despechado Ganelón.

Cumplido el odioso pacto, los sarracenos agasajan al traidor. Muy amables, dos jefes paganos —Valdabrún y Climorin— le ofrecen regalos: el primero le da riquísima espada, el segundo su yelmo magnífico. La reina Abraima le entrega dos ajorcas de oro con jacintos y amatistas para que él las entregue a su propia esposa. Marsil llama luego a Malduit, su tesorero, y le encarga los presentes para Carlomagno. Hecho esto, pone la mano sobre el hombro de Ganelón y le dice:

—Sois prudente y animoso. En nombre de vuestra sagrada fe, guardaos de mudar vuestro acuerdo. Quiero regalaros gran cantidad de mis riquezas: diez mulos cargados de oro, del oro más fino que viene de Arabia. Todos los años tendréis un don parecido. Aquí están las llaves de esta vasta ciudad. De sus espléndidos tesoros hago don al rey Carlos. Pero conseguid que Roldán quede a la zaga. Si logro sorprenderlo en algún desfiladero

o garganta de la montaña, he de entablar con él una lucha mortal.

—Me parece que ya tardo demasiado en ponerme a la obra —responde Ganelón. Y montando en su corcel comienza la marcha.

Al alba, cuando el día comienza a clarear, el conde Ganelón llega al campamento donde se halla Carlomagno.

El emperador se ha levantado muy de mañana. Ya escuchó la misa y los maitines, y ante su tienda está de pie sobre la verde hierba, entre Roldán y el animoso Oliveros, Naimón el duque y muchos otros. Presto llega Ganelón el pérfido, el perjuro. Comienza a hablar con gran astucia y, después de saludar al emperador, agrega:

—En cuanto al rey sarraceno, señor, tened por cierto que no habrá pasado este primer mes sin que os siga al reino de Francia, donde acatará la ley religiosa que vos guardáis. Con las manos juntas se convertirá en vuestro vasallo. Y de vos ha de recibir el reino de España.

—Gracias sean dadas a Dios Nuestro Señor —dice Carlomagno—. Por vuestra parte, vos habéis cumplido bien vuestra misión, y por ello tendréis gran recompensa.

Entre las tropas resuenan mil clarines. Los franceses alzan las tiendas, cargan sus caballos, y todos se encaminan hacia la dulce Francia.

ROLANDO EN LA RETAGUARDIA

Carlomagno dejó asolada a España, tomó los castillos, violó las ciudades; ya él mismo dice que su guerra está terminada. Hacia Francia cabalga el emperador. Al ponerse el sol, el conde Roldán sujeta a su lanza el gonfalón; luego, en la cima de un otero, lo levanta hacia el cielo. A esta señal, los franceses acampan en toda la comarca. Entretanto por los anchos valles vienen cabalgando los infieles. Llevan la cota puesta, el escudo al cuello, atado el yelmo; la espada al costado y la lanza pronta para el combate.

En un bosque, en lo alto de una cima, se detienen: son cuatrocientos mil los que esperan el alba. ¡Dios mío! ¡Qué dolor! ¡Los franceses nada saben!

Cae la tarde y la noche se hace oscura. Duerme Carlos, el poderoso emperador. Sueña[21] que está en los grandes desfiladeros de Cize. Entre sus puños tiene su lanza de fresno. El conde Ganelón se la arrebata, y la sacude y agita tan furiosamente que hacia el cielo vuelan las astillas. Carlos duerme; aún no despierta.

Después de este sueño tiene otra visión: ahora imagina que está ya en Francia, en Aquisgrán, en su capilla; un oso terrible le muerde el brazo derecho. Ve llegar del lado de la Ardena a un leopardo que, fieramente, se arroja sobre su cuerpo. Pero del fondo de la sala se precipita un lebrel. Corre hacia Carlos brincando, parte al oso la oreja derecha y lucha con la otra fiera.

—¡Espléndida batalla! — dicen los franceses. Pero no saben cuál de los dos vencerá. Y Carlos duerme; aún no despierta.

Ahora termina la noche y despunta el alba clara: en medio de su ejército, el emperador cabalga gallardamente.

—Señores barones —dice Carlomagno—: Examinad los pasajes y los desfiladeros an-

gostos y escoged el que haya de marchar a retaguardia.

—Debe ser Roldán, mi hijastro —responde Ganelón—. No tenéis barón de mayor valentía.

—Sois un demonio —le dice el emperador mientras le mira con dureza—. Se os ha metido en el cuerpo una rabia mortal. Pues, ¿quién mandará la vanguardia si Roldán se aleja?

—Ogier de Dinamarca —contesta Ganelón—. No tenéis barón que mejor lo haga.

El conde Roldán, cuando oye que lo nombran, comienza a hablar como digno caballero:

—Señor padrastro —dice—: Os debo mucho afecto. Habéis hecho que me elijan para mandar la retaguardia: Carlos, el rey de la dulce Francia, no perderá allí caballo de silla ni caballo de carga, ni mula ni mulo, sin que antes no hayan sido defendidos a mandobles.

—Bien sé que decís verdad —responde Ganelón. Pero cuando Roldán escucha

que ha de quedarse a retaguardia dice encolerizado a su padrastro:

—¡Ah miserable, mal hombre, villano!

Ante este espectáculo, el emperador inclina la cabeza. Se alisa la barba, se retuerce el bigote y no puede contener el llanto. Se acerca entonces Naimón; en la corte imperial no hay mejor vasallo.

—Ya lo oís —dice al rey—. El conde Roldán está muy iracundo. Ha sido elegido para mandar la retaguardia, y no tenéis barón alguno que pueda ocupar su sitio. Dadle el arco que vos habéis tendido, y buscadle gentes que puedan ayudarle.

El emperador presenta el arco, y Roldán lo recibe. Luego habla a su sobrino y le dice:

—Sobrino, buen caballero. Bien sabéis que voy a daros la mitad de mi ejército. No la rehuséis, con ella podéis salvaros.

—No la necesito —dice el conde—. Dios me confunda si desmiento mi linaje. Sólo guardaré veinte mil franceses de los más valientes. Cruzad tranquilo los puertos[22]. Haríais mal en temer a nadie mientras yo viva.

El conde Roldán cabalgaba en su corcel.

Hacia él viene su compañero Oliveros, luego Garín y el valeroso conde Gerer. Otón y después Berenguer, y Astor y el viejo Anseís. Y Gerardo de Rosellón, el altivo, y don Gaiferos[23], el poderoso duque.

—¡Por mi cabeza —dice el arzobispo Turpín—, que también iré con vos!

—¡Y yo! —dice el conde Gualterio—. Soy leal a Roldán, y no debo abandonarle.

Y entre ellos escogen a veinte mil caballeros. El conde Roldán llama a Gualterio de Hum y le dice:

—Tomad mil franceses, de Francia, nuestra tierra; ocupad los desfiladeros y las alturas para que el emperador no pierda uno solo de sus hombres.

—Por vos lo haré debidamente —responde Gualterio.

Con mil franceses, de Francia su tierra, Gualterio sale de las filas y marcha entre desfiladeros y alturas.

Altos son los montes y tenebrosos los valles, sombrías las rocas y pavorosos los desfiladeros. Ese mismo día los franceses los cruzaron con profunda pena. A quince le-

guas se escucha el ruido de su marcha. Cuando pisan la Tierra Mayor, divisan Gascuña. Se acuerdan entonces de sus feudos y dominios, de las doncellas y de sus nobles esposas. No hay uno solo que no llore de ternura. Y sobre todos los demás Carlos se siente lleno de angustia, pues en los puertos de España dejó a su sobrino. El dolor le agobia, y no puede contener el llanto.

Los doce pares han quedado en España: veinte mil hombres les rodean; todos valientes, sin temor a la muerte. El emperador se vuelve a Francia; bajo el manto oculta su angustia. Junto a él cabalga el duque Naimón, que dice al rey:

—¿Qué pena os agobia?

—Preguntármelo es ofenderme —responde Carlomagno—. Es tan grande mi pena que no puedo menos que llorar. ¡Ganelón va a destruir a Francia! Anoche tuve un sueño que me envió un ángel, y, en ese sueño, he visto a Ganelón: él fué el que designó a mi sobrino para mandar la retaguardia. En tierra extranjera he dejado a Roldán. ¡Dios! Si le pierdo, nunca podré hallar otro semejante.

Carlomagno no puede contener las lágrimas. Cien mil franceses se enternecen con él y tiemblan por Roldán.

Entretanto, Marsil ha enviado desde España a sus barones, condes, vizcondes, duques, emires. En tres días ha reunido cuatrocientos mil hombres. En Zaragoza redoblan los tambores; en la torre más alta enarbolan la enseña de Mahoma y cada infiel le reza y adora. Después, a marchas forzadas, cabalgan a través de la Cerdaña, por valles y montes; al fin avizoran los gonfalones de los ejércitos de Francia. La retaguardia de los doce compañeros no dejará de librarles batalla.

Al ver esto, el sobrino de Marsil pide a su tío le conceda el honor de asestar a Roldán el primer golpe. El rey sarraceno alarga el guante a su sobrino en señal de que accede al pedido y le acuerda el mando del ejército. Su sobrino le ruega entonces que le elija otros tantos caballeros musulmanes para comba-

tir conjuntamente a los doce pares de Francia.

El primero que acepta es Falsarón, un hermano del rey Marsil. Por otro lado llega el rey Corsablín. Es berberisco y conoce artes de hechicería. Habla como un noble barón; por todo el oro de Dios no sería capaz de cometer una vileza. Maprimís de Berbegal también llega al galope. En la carrera a pie es más ligero que un caballo. Ante Marsil dice a voz en grito:

—¡Quiero ir a Roncesvalles![24] Si allí encuentro a Roldán yo soy quien lo ha de matar.

También el emir de Balaguer se apresta para la lucha. Su cuerpo es muy gentil y su aspecto risueño. En cuanto se acomoda en la silla, le place lucir lo gallardo de sus armas. Por su bravura tiene ya buen renombre. Si estuviese bautizado, sería un noble barón. No bien llega frente a Marsil, exclama animoso:

—Quiero ir a Roncesvalles. Si allí encuentro a Roldán, dadlo por muerto. Y lo mismo a Oliveros y todos los doce pares. Y

morirán también todos los franceses con gran pena y quebranto. Carlomagno está viejo y chochea. No querrá empeñarse en nuevas luchas y España quedará a nuestra entera merced.

Al oírle, el rey Marsil le agradece mucho esas palabras. A su vez, un general de Moriana, malintencionado y felón, declara con fanfarronería que vencerá a Roldán y que el emperador de Francia tendrá por qué gemir en los días que le restan. De otra parte se acerca Turgis de Tórtoles. Mala muerte desea a los cristianos. Se coloca ante Marsil, junto a los otros, y dice al rey:

—¡Nada temáis! Buscaré a Roldán en Roncesvalles, y nadie podrá ya evitarle la muerte. Mirad esta magnífica y larga espada. Quiero ensayarla contra la suya, la famosa Durandarte[25]. ¿Cuál triunfará? Habréis de oírlo muy pronto.

Por otro costado llega Escremis de Valtierra. Se acerca a Marsil y exclama entre la turba:

—A Roncesvalles voy, para abatir el orgullo de los franceses. Si tropiezo con Rol-

dán, su cabeza ha de saltarle de los hombros. Y también la de Oliveros, el que manda en los demás. Todos los doce pares están emplazados ya para morir. Al perecer los franceses, Francia quedará desierta, y el emperador Carlos lamentará la escasez de buenos vasallos.

Pronto se muestra un pagano, Estercuel, y con él Tamarite, su compañero, los dos perversos y de probada felonía. Marsil les dice:

—¡Avanzad, señores! Iréis a Roncesvalles, a cruzar los desfiladeros, y ayudaréis a conducir mis huestes.

—¡A vuestras órdenes, señor! — le responden—. Atacaremos a Roldán y a Oliveros. La muerte espera a los doce pares. Nuestros aceros están bien templados y tajantes. Pronto enrojecerán de sangre. Morirán los franceses y Carlomagno los llorará. Os regalaremos el reino de Francia. Venid allí, y os hemos de presentar en ofrenda al mismo emperador.

Llega Margaris de Sevyl. Por su gran gentileza las damas le son amigas, y todas son-

ríen al verlo. Aunque infiel, es un noble y bravo caballero. Se acerca a los demás y su voz domina sobre todas las restantes:

—No temáis —dice al rey—. Voy a Roncesvalles a matar a Roldán. Tampoco salvará su vida Oliveros, y los doce pares sufrirán en gran medida. Carlos, el de la barba florida, ha de tener, cada día que pase, mayor pena y encono.

Por fin llega Chernublo de Monegros, cuyos cabellos son tan largos que barren la tierra. No bien se aproxima se vanagloria como los otros sarracenos:

—Buena espada me he ceñido. En Roncesvalles la teñiré de rojo. Con esta misma conquistaré a Durandarte, morirán los franceses, y Francia quedará desierta.

Al oír estas palabras, los doce pares se reunen. Con ellos se juntan cien mil paganos, enardecidos; quieren acudir en seguida al combate, y todos van a armarse en medio de un bosque de abetos.

II. LA MUERTE DE ROLDAN

ANTES DE LA BATALLA

Ya dispuestos, los infieles se endosan sus cotas sarracenas; se atan sus yelmos de Zaragoza y se ciñen sus espadas de acero vienés. Poseen ricos escudos y lanzas de Valencia, y gonfalones blancos, azules y bermejos. Abandonan sus mulos y palafrenes y montan en corceles, luego cabalgan en filas apretadas.

El día es claro y el sol radiante. No hay armadura que toda no centellee. Resuenan mil clarines para que todo sea aún más hermoso. El estruendo es grande y los franceses lo oyen. Oliveros dice:

—Señor compañero, creo que vamos a trabarnos en lucha con los moros.

—¡Dios lo quiera! —responde Roldán—. Debemos resistir aquí por nuestro rey. Por él debemos soportar todo quebranto, soportar grandes fríos y grandes calores, perder el cabello y la piel. ¡Que cada uno procure asestar fuertes mandobles, para que luego no se cante de nosotros una gesta poco honrosa! Los infieles yerran, pero a los cristianos les asiste buen derecho. ¡Jamás daré un mal ejemplo!

Mientras Roldán dice esto, Oliveros ha subido a una alta colina. Mira a la derecha, y por una verde cañada ve avanzar al ejército infiel. Llama a su compañero Roldán, y le dice:

—¡Del lado de España veo llegar tal estruendo, tantas claras lorigas, tantos yelmos que llamean! Ganelón lo sabía el felón, el traidor, por quien fuimos elegidos ante el emperador. ¡Qué furia van a sentir nuestros franceses!

—Callad, Oliveros —responde Roldán—. Es mi padrastro; no quiero que digáis una sola palabra que pueda ofenderle.

Oliveros desde la alta cima ve claramente el reino de España y la gran turba de los sarracenos reunidos. Los yelmos fulguran con las piedras engastadas en oro, y las adargas y las cotas bruñidas, y las lanzas con los gonfalones prendidos al hierro. Oliveros, por sí solo, no consigue contar los escuadrones: son tantos que no acierta con su número. En lo más íntimo de su ser siente un profundo desconcierto. Tan rápido como puede, desciende de la altura; se acerca a los franceses y les cuenta todo.

—He visto a los infieles—dice—; nadie vió tantos juntos sobre el haz de la tierra. Habrá ante nosotros unos cien mil, con escudo, yelmo bien sujeto y blanca loriga; sus lanzas negras lucen con el asta erguida. Vais a tener una batalla tal como nunca hubo otra. ¡Caballeros franceses, que Dios os dé fuerzas! ¡Resistid firmemente durante el combate para no ser vencidos!

—¡Maldito sea el que huya! —dicen los franceses—. ¡Ni uno solo dejará de resistir hasta la muerte!

Por su parte, Oliveros agrega:

—Los infieles son numerosos, y nuestros

franceses muy escasos. Compañero Roldán, haced sonar vuestro cuerno. Carlos lo oirá y retornarán las tropas.

—Sería portarme como un loco —responde Roldán—. Perdería mi renombre en la dulce Francia. Yo haré que mi espada Durandarte reparta en seguida recios golpes: su hoja se empapará de sangre hasta el oro de la taza. Los felones infieles han llegado a los puertos para desdicha suya. Os juro que a todos ha señalado ya la muerte.

—¡Roldán, compañero mío, tañed vuestro cuerno, el olifante![26] Carlos, que está cruzando los desfiladeros, lo escuchará: hará regresar al ejército y los franceses vendrán en nuestra ayuda.

—¡No quiera Dios que por mí sean mis padres afrentados, y que la dulce Francia caiga en semejante vileza! —contesta Roldán—. Yo asestaré grandes golpes con mi buena espada Durandarte. Vais a verla toda ensangrentada. Los viles paganos se han reunido para su propia desdicha. Os juro que todos están ya condenados a morir.

—¡Compañero Roldán, tañed vuestro olifante! Carlos lo oirá, porque atraviesa ahora los puertos, y los franceses regresarán en nuestra ayuda.

—¡No quiera Dios —responde Roldán— que jamás hombre alguno pueda decir que los paganos me han hecho tañer el olifante! ¡Nunca podrán reprocharme semejante cosa! Cuando yo entre en batalla, asestaré mil golpes, y setecientos más, y veréis ensangrentarse el acero de Durandarte. Los franceses son animosos y lucharán valientemente. Los de España tendrán una muerte segura.

—Yo no sé quién podría haceros reproches —dice Oliveros—. He visto a los moros de España, los valles y los montes están cubiertos, y las landas y todas las llanuras. ¡Numerosa es la hueste enemiga mientras la nuestra es muy pequeña!

—Eso aumenta mi entusiasmo —responde Roldán—. ¡No quiera Dios Nuestro Señor ni sus ángeles que por mi causa se menoscabe el honor de Francia! ¡Más vale morir que vivir con deshonra! ¡Cuanto más re-

ciamente luchemos, más nos estimará el emperador!

Roldán es valiente y Oliveros es cauto. Ambos son de un valor maravilloso. Cuando ya cabalgan, armados, nunca, aunque tuviesen que morir, rehuirían el combate. Los dos condes son dignos y nobles son sus palabras. Entre tanto los pérfidos infieles galopan furiosamente. Oliveros dice:

—¡Mirad, Roldán, que cerca andan de nosotros, y Carlos está demasiado lejos! No os habéis dignado tañer el olifante, y si el rey estuviese aquí, hubiésemos evitado este peligro. Mirad hacia arriba, hacia los puertos de España, y ved en qué apuro está la retaguardia.

—No digáis tal desatino —responde Roldán.— Desdichado el que alberga un corazón cobarde en el pecho. Resistiremos firmemente en nuestro puesto. Nosotros mismos iniciaremos los golpes y la lucha.

Cuando Roldán advierte la proximidad del combate se torna más bravo que un leopardo o un león. Se dirige a los franceses y llama a Oliveros:

—Señor compañero, amigo mío, no habléis más de ese modo. El emperador nos dejó estos franceses; ha escogido estos veinte mil hombres, seguro de que no hay entre ellos cobarde alguno. Por su señor un hombre debe soportar grandes aflicciones, sufrir intensos fríos y calores sofocantes; debe perder la sangre y la carne. Golpead con vuestras lanzas y yo con Durandarte, mi buena espada, que el rey me ha dado. Si muero, el que la tenga podrá decir, y todos con él: "Esta fué la espada de un noble vasallo".

Entre tanto, por otro lado, llega el arzobispo Turpín. Espolea a su corcel, y sube a una colina; llama a los franceses y les dirige este sermón:

—Señores barones —dice—: Aquí nos dejó Carlos; debemos morir por nuestro rey. Ayudad a sostener a la Cristiandad. Tendréis batalla; podéis estar seguros, bien veis a los sarracenos bajo vuestros ojos. Confesad vuestras culpas y pedid misericordia a Dios. Yo os absolveré para salvar vuestras almas. Si sois muertos, todos seréis mártires, santos y tendréis los sitiales más altos del paraíso.

Los franceses desmontan y se arrodillan en tierra. El arzobispo les da la bendición en nombre de Dios, y por penitencia les manda golpear animosamente a los infieles.

Los caballeros se levantan y se ponen en pie. Ya están absueltos, limpios de toda culpa, y el arzobispo, en nombre de Dios, ha terminado de darles la bendición. Montan de nuevo en sus rápidos corceles. Están armados a modo de caballeros, y bien preparados para la lucha. El conde Roldán llama a Oliveros, y le dice:

—Señor compañero, bien dijisteis: Ganelón nos ha traicionado; por ello recibió mucho oro, riquezas y dineros. ¡El emperador debería vengarnos! El rey Marsil nos ha tratado como mercancía. ¡Pero a mandobles vamos a entregarle el precio!

Roldán marcha montado en Vigilante[27], su ligero corcel; lleva la armadura, que le sienta muy bien, y avanza, animoso, blandiendo su lanza, que luce un gonfalón todo blanco en el extremo. Las franjas le rozan las manos. El porte del paladín es noble; su



Roldán marcha montado en Vigilante, su ligero corcel.

rostro despejado y risueño. Junto a él va su compañero, y los franceses le aclaman considerándolo su defensor. El mira con gesto amenazante hacia los moros, y después, dulce y humilde, hacia los franceses. Con gran cortesía les dice estas palabras:

—Señores barones: Id al paso. Esos infieles van derechamente a un desastre. Hoy habremos ganado un rico y hermoso botín. Ningún rey de Francia conoció otro parecido.

Y mientras dice esto, los dos ejércitos se encuentran. Entonces Oliveros exclama:

—No tengo ánimo para hablar. No quisisteis tocar el olifante, y nos falta la ayuda del rey Carlos. Ahora, pues, cabalguemos contra esa gente como mejor podamos. ¡Señores franceses, resistid firmemente en el combate! Por Dios os ruego que sólo penséis en matar y en devolver golpe por golpe. No olvidemos el grito de guerra del emperador Carlos.

A estas palabras los franceses exclaman unánimemente:

—¡Montjoie! [23]

Quién los hubiese oído gritar de ese modo

tendría siempre presente lo que es el heroísmo. Luego cabalgan. ¡Dios, con qué bravura, con qué ardimiento avanzan para herir! ¿Qué otra cosa podrían hacer? Los moros no temen. Franceses y paganos están ya en plena lucha.

EL PRIMER ENCUENTRO

El sobrino de Marsil, llamado Aelrot, cabalga el primero ante las huestes paganas, y marcha insultando a los franceses:

—¡Felones franceses, hoy vais a mediros con nosotros! Quien debió protegeros, os ha traicionado. ¡Loco se ha mostrado el rey que os dejó en los desfiladeros! ¡En este día la dulce Francia perderá su renombre y Carlomagno el brazo derecho de su cuerpo!

Roldán oye esas palabras y siente una aflicción profunda. Espolea su caballo, le suelta la brida y va a herir a Aelrot lo más fuerte que puede. Le rompe el escudo, y le desgarra la loriga, le abre el pecho, le quebranta los huesos y por la espalda le arranca todo el espinazo. De una lanzada le hace arrojar el alma. Le hunde el hierro en la car-

ne; tambalea el cuerpo y se derrumba, muerto, del caballo, empujado por el asta, con el cuello cercenado. Mientras tal hace, Roldán no cesa de hablarle:

—Miserable, Carlos no está loco. Y jamás pensó hacernos traición; se ha portado como valiente al dejarnos en los puertos. En este día no perderá su honor la dulce Francia. ¡Matad, franceses, el primer ataque es ya nuestro! ¡Con nosotros va el derecho, y con estos pillastres la injusticia!

Pero de pronto aparece el duque Falsarón, hermano del rey Marsil, que posee las tierras de Datán y Abirón. No hay peor malvado bajo el cielo. Cuando ve muerto a su sobrino siente una pena profunda. Se aparta de la turba, se precipita e insulta a los franceses con palabras altaneras:

—¡Hoy la dulce Francia perderá su honor!

Oliveros le escucha y se enfurece; aguija a su corcel con las espuelas de oro y asesta a Falserón un golpe de verdadero barón: le parte el escudo, le rasga la cota, le hunde en el cuerpo los paños del gonfalón, y a lan-

zadas le hace saltar de los arzones y le derriba muerto. Le mira en tierra; ve inmóvil al traidor, y le dice estas altivas palabras:

—¡De tus amenazas poco me preocupo, miserable! ¡A ellos, franceses, porque vamos a vencerlos!

Y repite el grito de guerra del rey Carlos:

—¡Montjoie!

En esto aparece Corsablín, el rey de Bervería. Avanza gritando a los otros sarracenos:

—Podemos resistir esta batalla. Los franceses son muy pocos, y es justo despreciarlos. No será Carlomagno quien los salve; les ha llegado la hora de la muerte.

Pero el animoso arzobispo Turpín ha escuchado la bravata. Hinca en el corcel las espuelas de oro fino, y gallardamente se arroja contra el moro, y con una gran acometida desbarata al infiel que cae muerto. Turpín mira a tierra, ve desplomado al felón, y no puede resistir el deseo de exclamar indignado:

—¡Infiel, hijo de esclavo, embustero! Carlos, mi señor, puede siempre salvarnos.

No tienen los franceses alma para huir. ¡Animo, franceses! ¡Qué nadie quede atrás! ¡Este primer golpe es ya nuestro!

El arzobispo mira a su alrededor, se ve dueño del campo, y también él exclama, como Roldán y Oliveros:

—¡Montjoie!

Después de estas hazañas de los tres principales caballeros franceses, el combate prosigue en una serie de duelos particulares, pero la matanza y la confusión aumentan rápidamente.

La batalla es prodigiosa. Por todas partes se lucha. El conde Roldán se prodiga. Golpea con su lanza mientras el asta le dura, pero después de quince golpes se le parte y queda inservible. Entonces enarbola a Durandarte, su buena espada, desnuda; espolea a su corcel y va a herir a Chernublo. Le parte el yelmo donde refulgen dos carbunclos; le rompe el capacete y el cráneo, le tajea el rostro, le raja la cota blanca de apretadas mallas, y todo el cuerpo hasta más allá de la cintura. A través de la montura, incrustada de oro, la espada se hunde en el caballo, y de-

triba así al infiel y al animal, ya muertos, en el prado, sobre la hierba tupida. Después le dice:

—¡Miserable! Mahoma no ha de ayudarte. ¡Un pillastre como tú no puede ganar la batalla!

En seguida Roldán cabalga por el campo, manejando a Durandarte. Entre los moros hace una gran carnicería. ¡Quién le hubiese visto derribar muerto sobre muerto, y hacer correr la clara sangre por los charcos! Tiene rojos la cota, los brazos y su animoso corcel. La sangre llega desde las crines del caballo a los hombros del jinete. Tampoco reposa Oliveros, ni los doce pares, ni los franceses, que multiplican sus acometidas. Unos infieles mueren, otros caen desfallecidos. Y el arzobispo dice:

—¡Honra a nuestros barones! —Y agrega el grito de guerra de Carlomagno:

—¡Montjoie!

Y Oliveros cabalga entre el tumulto. De su asta rota no le queda más que un pedazo. Va a herir a un infiel, llamado Malón; pronto le derriba muerto entre los innumerables combatientes que yacen en tierra. Después mata a Turgis y a Estercuel. Pero el muñón de la lanza se le hace trizas entre sus mismos puños. Roldán le dice:

—¿Qué hacéis, compañero? En una tal batalla yo no usaría un bastón. Aquí sólo valen el hierro y el acero. ¿Dónde está vuestra espada, que llamáis Altaclara? De oro es la guarnición y el pomo de cristal.

—No tengo tiempo para desenvainarla ahora —responde Oliveros—; siento mucha prisa por seguir matando lo más pronto que pueda a estos infieles.

Pero poco después Oliveros desenvaina su rica espada, según le ha rogado el conde Roldán, y se la muestra como fiel compañero. Luego hiere a un infiel, Justino de Valdeherrero, y rápidamente lo deja tendido sobre el prado. Al ver esa hazaña, Roldán dice:

—Os querré siempre como hermano, amigo Oliveros. ¡Por estos lances nos ama el emperador!

Y por todas partes, sobre la inmensa matanza, se oye gritar:

—¡Montjoie!

Tampoco el arzobispo pierde el tiempo y por lo pronto acaba de dar muerte al hechicero Siglorel.

—He aquí una presa que se nos tenía reservada —dice Turpín. Y Roldán le contesta:

—¡Vencido está ese miserable! ¡Hermano Oliveros, esos son los golpes que me agradan!

Cada instante el combate se torna más encarnizado. Los franceses y los infieles se asestan mandobles extraordinarios. Unos atacan, otros se defienden. ¡Cuántas astas rotas y ensangrentadas! ¡Cuántos gonfalones y enseñas desgarrados! ¡Cuántos buenos franceses han perdido allí su juventud! Nunca volverán a ver a sus madres y esposas, ni a los soldados de Francia que los esperan en los desfiladeros. Carlomagno gemirá y se dolerá, pero ¿para qué? De nadie recibirán socorros.

La batalla continúa prodigiosa y abrumadora. Roldán y Oliveros atacan valientemente. El arzobispo ha asestado ya más de mil golpes. Los doce pares no se quedan

atrás y los demás franceses atacan en conjunto. Los paganos mueren por centenas y por miles. El que no huye, nada puede con la muerte. Quiera o no, allí deja la vida. Los franceses pierden sus mejores defensores. Nunca verán a sus padres y a sus parientes, ni a Carlomagno, que les espera en los puertos.

En Francia, entretanto, se desencadena una extraordinaria tormenta.[29] Una tempestad llena de truenos y de viento, de lluvia y de hielo. Desde San Miguel del Peligro hasta los Santos, desde Besanzón hasta el puerto de Wisant, no hay una casa donde los muros no se quebranten. En pleno mediodía, las tinieblas cubren el campo. Ninguna claridad, salvo cuando se rasga el cielo. Todos los que ven esto se aterran, y muchos dicen:

—¡Es el fin del mundo, la consumación del siglo!

No saben la razón de esa tormenta y se engañan en sus suposiciones: en realidad esa tormenta es un gran duelo por la próxima muerte de Roldán.

Los franceses han luchado con gran ánimo y fuerza. Los paganos mueren a montones, por millares. De los cien mil, apenas si se han salvado dos.

El arzobispo dice:

—¡Valientes son los nuestros! ¡Nadie tiene mejor ejército bajo el sol!

EL SEGUNDO ENCUENTRO

Entretanto, por una larga hondonada se acerca el rey Marsil con las tropas que él ha juntado, y en las que puede contarse hasta veinte regimientos de combate. Resplandecen los yelmos, con sus ricas piedras engastadas en oro; fulguran las adargas y las cotas bruñidas. Siete mil clarines dan el toque de avance. El estruendo que hacen resuena, enorme, por toda la comarca.

Roldán dice:

—Compañero Oliveros, hermano mío: Ganelón, el vil, ha jurado nuestra muerte. Su traición es evidente. Pero el emperador ha de vengarnos en forma terrible. Vamos a ver una lucha áspera y encarnizada: jamás hombre alguno habrá contemplado un en-

cuentro parecido. Y yo combatiré con Durandarte, mi espada, y vos, compañero, con Altaclara. ¡Ya las hemos paseado por muchas tierras y con ellas hemos ganado hartas batallas! Es preciso que nadie cante sobre ellas una canción burlesca.

Por su parte, Marsil contempla la tortura de los suyos. En la avanzada del rey moro cabalga también el infiel llamado Abismo. Es muy ruin y no cree en Dios, hijo de la Virgen María. Es negro como la pez, pero se muestra atrevido y por eso le quiere el perverso Marsil. El buen arzobispo Turpín, en cambio, detesta al moro, y no bien lo ve se ingenia para derribarlo.

El arzobispo inicia el ataque. Está montado en un corcel que tomó a Gresalle, un rey a quien dió muerte en Dinamarca. El corcel es un animal muy ágil. No hay otro que le iguale en la carrera. Con buen ánimo el arzobispo se decide a atacar a Abismo. Lo hiere sobre el escudo recamado de pedrería, de topacios, amatistas y carbunclos deslumbrantes. Turpín le acomete y le alcanza varias veces y luego del combate el escudo vale

apenas lo que una moneda de cobre. Luego derrumba al sarraceno y lo deja tendido sobre la tierra desnuda. Los franceses dicen:

—¡Magnífica hazaña! ¡En manos del arzobispo bien guardada está la cruz!

Los franceses miran el gran número de infieles que por todas partes van cubriendo la llanura. En seguida piensan en Oliveros, y en Roldán, y en los doce pares para que los defiendan. Y el arzobispo dice con franqueza lo que piensa.

—Señores barones, nada de temores. En nombre de Dios os ruego que no huyáis, para que ningún valiente cante de nosotros una gesta vergonzosa. Mejor es morir en la lucha. Ciertamente muy pronto, y aquí mismo, vamos a encontrar nuestro fin; ya no estaremos vivos cuando termine el día. Pero puedo aseguraros una cosa: el santo Paraíso os espera y allí iréis a sentaros entre los inocentes. Al oír estas palabras los franceses se sienten reconfortados, y todos en un grito unánime vuelven a gritar:

—¡Montjoie!

Los duelos recomienzan. Los caballeros



¡Ah, si hubieseis visto tanto dolor, tantos hombres muertos y heridos y ensangrentados!

franceses caen a su vez bajo el empuje de los infieles, pero pronto son vengados por sus compañeros. Roldán, Oliveros y Turpín luchan con denuedo y sin una sola pausa.

La asombrosa batalla se precipita. Los franceses matan con fuerza y coraje; cortan puños, costados, espaldas y ropas hasta la carne viva, y la sangre clara corre en arroyuelos sobre la hierba verde. —¡Tierra Mayor —exclaman los infieles—, que Mahoma te maldiga! —Y todos llaman al rey moro.

—¡Marsil! ¡Galopa hacia aquí, oh rey! ¡Necesitamos tu ayuda!

Con maravillosa grandeza prosigue la batalla. Los franceses hieren con sus lanzas afiladas y relucientes. ¡Ah, si hubieseis visto tanto dolor, tantos hombres muertos y heridos y ensangrentados! Yacen el uno sobre el otro con la cara hacia lo alto o con el rostro en tierra. Los moros no pueden resistir por más tiempo: quieran o no, abandonan el campo, y los franceses los persiguen de viva fuerza.

El conde Roldán llama a Oliveros:

—Señor compañero —le dice—, confesad conmigo que el arzobispo es un caballero excelente. No lo hay mejor sobre la tierra o bajo el cielo: sabe combatir así con la espada como con la lanza. —El conde responde:

—¡Vayamos, pues, a prestarle ayuda!

A estas palabras los franceses recomienzan la lucha. Duros son los golpes, pesada la pelea. Los cristianos se hallan en grave trance. ¡Ah, si hubieseis visto a Roldán y a Oliveros dar descomunales mandobles! El arzobispo, en cambio, hiere con su lanza. En los primeros cuatro asaltos han resistido con ventaja; pero el quinto es muy penoso. Casi todos los caballeros franceses han muerto, salvo sesenta, que Dios ha preservado. Estos últimos, antes de morir, venderán muy caramente su vida.

LA LLAMADA DEL CUERNO

Roldán ve la gran pérdida que sufren los suyos, y llama a Oliveros, su camarada:

—Amable señor, querido compañero, en nombre de Dios, ¿qué os parece? ¡Bien veis cuántos valientes yacen en tierra! Bien nos

toca llorar a la dulce Francia, a la bella, que va a quedar sin tales barones! ¡Oh, rey amigo!, ¿por qué no estáis aquí? Hermano Oliveros, ¿qué podemos hacer? ¿Cómo hacerle saber lo que ocurre?

Oliveros dice:

—No lo sé, pero es preferible la muerte a la vergüenza.

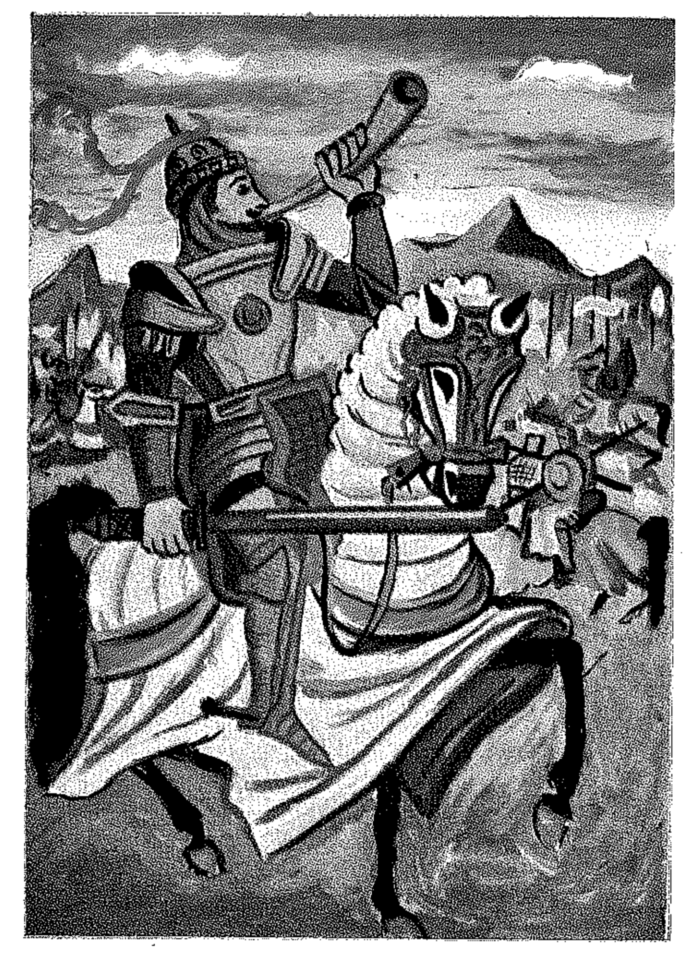
—Tañeré el olifante — dice Roldán —. Carlos lo escuchará, os lo juro, y los franceses volverán sobre sus pasos.

—Eso —observa Oliveros— ha de ser una gran vergüenza y un gran oprobio para todos nuestros parientes, y el deshonor les seguirá toda la vida. Cuando os lo pedí, vos no lo hicisteis. Hacedlo ahora, aunque yo no os daré mi aprobación. ¡Tocar el cuerno no sería propio de valientes! ¡Pero tenéis ensangrentados los brazos!

—¡Es porque he peleado duramente! —contesta el conde con gran sencillez.

—Difícil es nuestra lucha —agrega Roldán—. Tañeré mi cuerno, y el rey Carlos ha de oírlo.

—Eso no sería propio de un valiente —di-



Luego lleva a sus labios el olifante. Toma la embocadura y lo tañe con fuerza extrema.

ce Oliveros—. Cuando yo os hablé de hacerlo, compañero, vos no os habéis dignado. Si el rey hubiese vuelto, no hubiéramos sufrido este desastre. Los que aquí yacen no han merecido ningún reproche. ¡Por mi barba, que si yo vuelvo junto a Alda[30], mi hermana y prometida vuestra, nunca habrá de desposaros!

—¿Por qué —pregunta Roldán— ese enojo?

—Compañero —responde Oliveros—, vuestra es la falta, porque el valor sensato no es lo mismo que la locura. La mesura vale más que la temeridad. Si los franceses han muerto, es por vuestra imprudencia. Vuestra intrepidez, Roldán, nos ha sido funesta. Carlomagno jamás tendrá ya nuestra ayuda. Vamos a morir y Francia se verá deshonrada. Hoy termina nuestra leal amistad, antes de la noche nos veremos cruelmente separados.

El arzobispo ha escuchado la querella, y, espoleando el caballo, acude a ellos y les reprende:

—Señor Roldán, y vos, señor Oliveros,

os ruego, en nombre de Dios, que cese ese altercado. Tañer el cuerno no podrá ya salvarnos, pero sin embargo tañerlo será siempre lo mejor. Si el rey viene podrá vengarnos, y los de España no podrán retornar alegres. Nuestros franceses, al desmontar, nos encontrarán muertos; nos colocarán en ataúdes, sobre caballo, y nos conducirán, llenos de duelo y de piedad. Nos sepultarán dignamente; los lobos, los cerdos y los perros no podrán devorarnos.

—¡Tenéis razón, señor! —responde Roldán.

Luego lleva a sus labios el olifante. Toma la embocadura y lo tañe con fuerza extrema.

Altas son las cumbres, y prolongada la voz del cuerno: a treinta leguas se le escucha en el contorno. Carlos lo oye, y también todas sus tropas. El rey dice:

—¡Nuestros hombres se están batiendo!

—¡Si otro lo dijese —contesta Ganelón—, esto parecería una mentira tremenda!

El conde Roldán, con gran esfuerzo y angustia, muy dolorido, tañe su olifante. Y

de su boca fluye sangre clara y sus sienes se quiebran, pero el sonido del cuerno se difunde a lo lejos. Carlos lo escucha al desfilar por los puertos, y con él el duque de Naimón y todos los franceses. Y el rey dice:

—¡Oigo el olifante de Roldán! ¡No lo tañería si no estuviese empeñado en plena batalla!

—¡No hay ninguna batalla! —responde Ganelón—. Ya sois anciano, vuestra cabeza está blanca y florida, pero vuestras palabras son de niño. Conocéis bien el orgullo de Roldán. Por una sola liebre es capaz de tañer el olifante todo el día. Hoy se entretiene tal vez en algún juego con los pares. ¿Quién, bajo el cielo, se atrevería a combatirlo? Sigamos avanzando. ¿Para qué detenernos?

Entretanto el conde Roldán tiene la boca ensangrentada y las sienes rotas. Tañe dolorido el olifante, con angustia. Carlos lo escucha, y también los franceses. Dice el rey:

—¡Ese cuerno suena con insistencia!

—Es porque algún barón se encuentra sufriendo un gran apuro —responde el duque

Naimón—. Estoy seguro de que se está combatiendo. El mismo que ha traicionado a Roldán, ahora os hace a vos víctima de un engaño. ¡Preparaos, lanzad vuestro grito de guerra, y socorred a vuestra noble compañía! ¡Bien habéis oído la queja de Roldán!

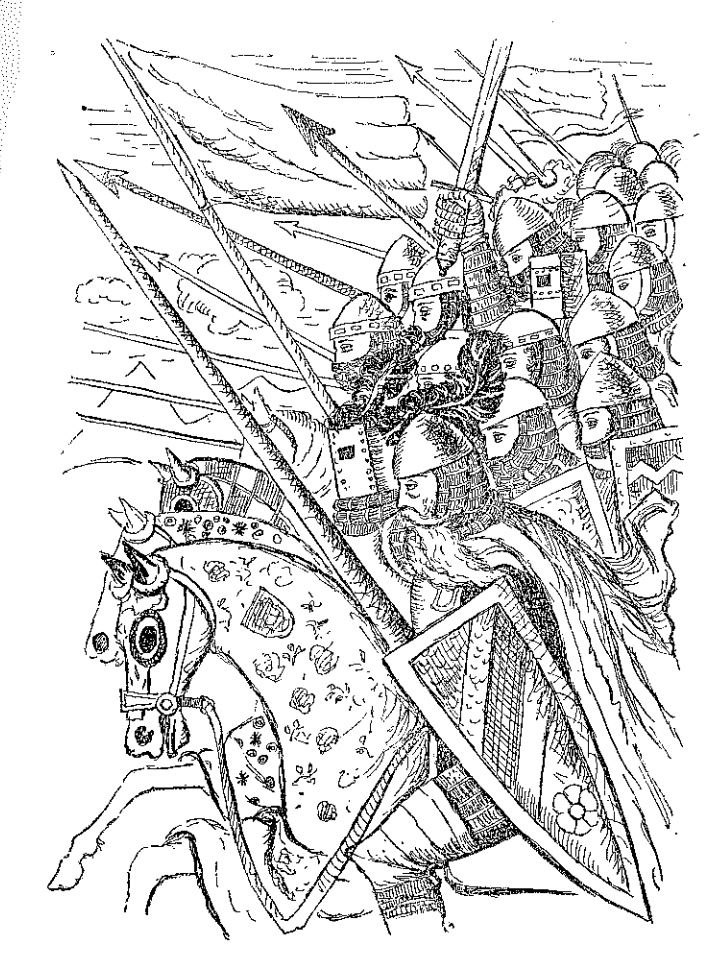
El emperador acaba de hacer sonar todas las trompas. Los barones franceses montan en corceles, y los espolean con brío mientras dura el paso por los desfiladeros. Todos dicen entre sí:

—Si volvemos a ver a Roldán antes de que muera, con él combatiremos reciamente.

¡Inútil propósito, tal vez lleguen demasiado tarde!

La siesta y el resto del día son luminosos. Brillan las armas bajo el sol; las cotas y los yelmos irradian un gran resplandor, y lo mismo los escudos ornados de flores, y las lanzas y los gonfalones áureos.

El emperador cabalga muy colérico, y con él los franceses afligidos y enojados. No hay uno que no llore dolorosamente y que no te-



El emperador cabalga irritado, y los franceses están llenos de indignación y de pena.

ma por Roldán. El rey hace prender al conde Ganelón, y lo entrega a las gentes de su cocina. Llama a Begón, el jefe de los cocineros, y le dice:

—Guárdame a este felón. Ha traicionado a mi casa.

Begón lo recibe bajo su custodia, y lo pone en las manos de cien ayudantes de cocina, unos mejores y otros peores; le pelan la barba, le arrancan el bigote y cada uno le asesta cuatro puñadas. Le apalean duramente con varas y bastones; le echan al cuello una cadena, como a un oso, y lo cruzan afrentosamente sobre un caballo de carga. Así lo guardan hasta el momento de devolverlo a Carlos.

Altos son los montes y tenebrosos y grandes, profundos los valles y rápidos los torrentes. Por todas partes suenan los clarines, y todos responden al tañido del olifante. El emperador cabalga irritado, y los franceses están llenos de indignación y de pena. Nadie hay que no llore y se lamente; ruegan a Dios para que preserve a Roldán hasta que

lleguen al campo de batalla todos juntos. Una vez cerca de él, lucharán con denuedo. Pero han tardado mucho. Ya no pueden llegar a tiempo.

Lleno de cólera, aún cabalga el rey Carlos. Sobre su cota se despliega la barba blanca. Con ardor, todos los barones de Francia espolean fuertemente a sus corceles, y se lamentan de no poder estar junto a Roldán, el capitán, en tanto lucha con los moros de España.

EL MARTIRIO DE LOS FRANCESES

Roldán contempla los montes y las landas. Ve muertos a muchos franceses, y los llora, como noble caballero.

—¡Señores barones, que Dios se apiade de vosotros y conceda el Paraíso a todas vuestras almas! Nunca vi mejores vasallos que vosotros. ¡Tierra de Francia, sois un país dulcísimo, pero hoy estáis desierta y arruinada! ¡Barones franceses, os veo morir por mi causa, sin poder socorreros ni salvaros! ¡Dios os proteja! Oliveros, hermano, no os debo abandonar. Moriré de dolor si al-

guien no me mata. ¡Señor compañero, ea, pues, volvamos a la lucha!

El conde Roldán ha tornado a la batalla; esgrime a Durandarte y pelea con denuedo. Jamás hombre alguno acertó a desquitarse con tal brío. Como los ciervos ante los perros, así huyen los moros ante Roldán.

El arzobispo dice:

—¡Combatís realmente bien! Así debe portarse un buen caballero; de otra manera, no vale cuatro monedas de cobre. ¡Tanto valdría que se hiciera monje en un monasterio para rogar todo el día por nuestros pecados!

—¡Luchad, luchad, sin dar cuartel! —responde Roldán. Al oír estas voces, los franceses reinician el combate, pero con grandes pérdidas.

Cuando se sabe que no habrá cuartel, se lucha aún más rudamente. Y he aquí que Marsil avanza hacia los franceses que combaten como leones. Monta en un caballo que él llama Gañón, y mientras marcha da muerte a varios caballeros franceses. El con-

de Roldán está muy cerca, y dice al infiel:

—¡Que el Señor Dios te maldiga! ¡Has matado injustamente a mis compañeros, y hoy aprenderás el nombre de mi espada!

Le ataca briosamente y le corta la muñeca derecha. Luego decapita a Jurfaret el Rubio, un hijo del rey Marsil. Los infieles gritan:

—¡Ayúdanos, Mahoma! ¡Huyamos! —se dicen uno a otro. Y cien mil se escapan; por más que se les llame ya no han de volver.

Pero esto, ¿de qué sirve? Si huyó Marsil, ha quedado su tío Marganice. Tiene bajo su mando a los negros, de gran nariz y anchas orejas. Lleva junto a él más de cincuenta mil. Cabalgan intrépidos y orgullosos, dando su grito de guerra.

—Vamos a ser todos mártires —dice Roldán—. ¡Bien sé que nos queda poco tiempo de vida, pero mal caballero será el que no la entregue a alto precio! ¡Matad, señores, con vuestras bruñidas espadas, y disputad vuestra vida y vuestra muerte, para que la dulce Francia no sea menospreciada por

nuestra causa! Cuando Carlos, mi señor, venga a este campo podrá ver qué escarmiento hicimos en los moros, y hallará quince de ellos muertos por cada uno de nuestros franceses. No podrá, pues, dejar de bendecirnos.

Cuando Roldán contempla esa turba endemoniada, que es más negra que la tinta, y nada tiene blanco sino los dientes, clama:

—¡Desgraciado sea el que se retarde! —dice a Oliveros—. Por cierto comprendo que hoy vamos a morir. Herid, franceses. ¡Yo prosigo el combate!

Al oír estas palabras, los franceses vuelven contra el enemigo.

LA MUERTE TRAGICA DE OLIVEROS

Cuando los infieles ven que los franceses son tan pocos, se envanecen y se animan unos a otros. Marganice azuza a su corcel con sus espuelas de oro y hiere a Oliveros por detrás, en plena espalda; la lanza le atraviesa y asoma por delante del pecho.

—¡Fuerte golpe habéis recibido! —le dice Marganice—. Carlos os dejó en los puer-

tos para vuestra desgracia, pues en vos me he vengado suficientemente de todos los nuestros.

Oliveros siente que está herido de muerte; blande a Altaclara, la espada de bruñido acero, y hiere a Marganice sobre el agudo yelmo con adornos de oro: sus flores y pedrerías saltan por el suelo. Después, le da un golpe, lo derriba muerto, y le increpa:

—¡Maldito seas, infiel! Ciertamente no digo que Carlos nada pierde con mi muerte, pero tú no podrás ir a tu reino a envanecerte ante tu mujer, ni ante ninguna otra dama, de un reino arrebatado, ni siquiera de una moneda, ni de habernos hecho mal a mí o a cualquier otro.

A pesar de hallarse herido mortalmente, toda venganza le parece menguada. En lo más recio del tumulto, Oliveros sigue peleando como cuadra a un señor. Quien le hubiese visto desbaratar infieles, arrojar muerto sobre muerto, recordaría siempre a un buen caballero. No olvida el grito de guerra de Carlos, y exclama: ¡Monjoie!, con

su voz alta y clara. —Señor compañero— dice luego a Roldán, su par y amigo—. Acercaos a mí cuanto podáis: hoy vamos a separarnos con inmenso dolor.

Roldán contempla el rostro de Oliveros: está pálido, descolorido. Su sangre corre a lo largo del cuerpo.

—¡Dios! —dice el conde—. ¡No sé qué hacer! ¡Señor compañero, vuestra intrepidez os ha perdido! Nadie podrá nunca valer lo que vos. ¡Ah, dulce Francia, vas a quedar huérfana de tus mejores vasallos, humillada y decaída! Será un gran contraste para el emperador.

Después de esas palabras, Roldán se desvanece sobre el caballo.

Tanta sangre ha derramado Oliveros que sus ojos están turbios. Ya no reconoce a un hombre, de lejos ni de cerca. Todavía animoso, pero sin reparar a quien golpea, cuando se encuentra con Roldán, su compañero, le hiere sobre el yelmo cubierto de oro y pedrería, y se lo hiende hasta el nasal, pero el hierro no alcanza a la cabeza. Al recibir

este golpe Roldán le mira, y le pregunta suave y tiernamente:

—Señor compañero, ¿lo habéis hecho a propósito? Soy yo, Roldán, aquel que tanto os ama.

—Ahora os escucho y os reconozco —dice Oliveros—. Antes no os veía. Os he herido sin querer. Perdonadme.

—No he recibido ningún daño —responde Roldán—; yo os perdono, aquí y ante Dios.

A estas palabras, se inclinan el uno hacia el otro, y así, abrazados, con gran afecto, se despiden.

Oliveros siente ya las ansias de la muerte. Los ojos se le desorbitan, pierde el oído y se le opaca la vista; echa pie a tierra y se tiende en el suelo. En voz alta, diciendo su *mea culpa*, se confiesa; eleva hacia el cielo sus manos juntas, y ruega a Dios que le conceda el Paraíso y que bendiga a Carlomagno, a la dulce Francia, y, sobre todos sus hombres, a Roldán su compañero.

El corazón le flaquea de pronto; rueda su yelmo, y su cuerpo se desploma en tierra.

Todo ha concluído. El conde ha muerto. El valeroso Roldán le llora y se lamenta[31]. Nunca oiréis en la tierra hombre más dolorido.

—¡Señor compañero —clama entonces Roldán—, vuestro valor os ha perdido! Hemos sido camaradas durante días y años, y nunca me hicisteis daño, ni yo a vos! ¡Ahora que habéis muerto, mucho me apena seguir viviendo!

Al decir esto, Roldán se desvanece sobre su caballo, Vigilante, pero sus estribos de oro fino lo mantienen erguido en la silla y le impiden que caiga.

LA VICTORIA DE ROLDAN

Antes de recobrar el sentido y volver de su desmayo, Roldán ya se da cuenta del gran desastre. Todos los franceses han muerto, a todos los ha perdido, menos el arzobispo y Gualterio de Hum.

Tres, sólo tres, son los franceses que restan. El conde Roldán es un noble guerrero. Gualterio de Hum es un excelente caballero; el arzobispo es un valiente de bien

probada bravura; ninguno de los tres quiere reposar en la fuerza de los otros dos: en lo más recio del combate hieren a los infieles. Los sarracenos están ahí: mil pie a tierra, cuarenta mil a caballo, pero ni aún así se animan a acercarse. De lejos arrojan lanzas, venablos, picas, flechas, dardos y jabalinas a los tres franceses; a los primeros golpes dan muerte a Gualterio. A Turpín de Reims le agujerean el escudo, le parten el yelmo y le hieren la cabeza, le rompen y destrozan la cota, y con cuatro lanzadas le atraviesan el cuerpo. Matan, bajo él, su caballo, y gran pena es esta de ver caer al arzobispo.

Cuando Turpín se ve derribado de su caballo y traspasado a lanzadas, se pone en pie rápidamente. Busca a Roldán, corre hacia él y le dice:

—¡No he sido vencido! Un valiente que es buen guerrero, mientras vive no se rinde.

Desenvaina a Almaza, su espada de acero oscuro, y por sí solo abate a cuatrocientos sarracenos. Así está narrado en la gesta.

El que no lo crea no puede entender nada de esta historia.

El conde Roldán, entretanto, se bate noblemente, pero el cuerpo le arde empapado en sudor; siente un terrible dolor de cabeza, pues sus sienes están rotas de tanto haber tañido el cuerno. Quiere saber si Carlomagno se acerca: toma el olifante, y lo tañe, pero débilmente. Y el emperador se detiene y escucha.

—¡Señores —dice—, desdichados de nosotros! ¡Roldán, mi sobrino, hoy ha de abandonarnos! Por el tañido de su cuerno adivino que ha de vivir muy poco. Si queréis llegar pronto, espolead vuestros caballos, y haced sonar todos los clarines que hay en el ejército!

Al punto, sesenta mil clarines suenan tan fuertemente que retumban los montes y los valles hacen eco. Los infieles escuchan y comprenden que no es cosa de risa. Uno al otro se dicen:

—¡Carlomagno caerá muy pronto sobre nosotros!

—¡Vuelve el emperador! —exclaman los

infieles—. Oíd los clarines de Francia. Si Carlos vuelve, vamos a sufrir una gran pérdida; si Roldán sobrevive, la batalla proseguirá y perderemos a España, nuestra tierra.

Entonces, cuatrocientos de los mejores para la lucha emprenden contra Roldán un ataque violento y terrible.

Cuando los ve venir, Roldán se siente más fuerte y animoso. Mientras viva, no ha de rendirse. Monta en Vigilante, lo azuza con sus espuelas de oro fino, y corre en plena lucha, arremetiendo contra los infieles. El arzobispo Turpín corre con él. Los sarracenos se dicen uno al otro: ¡Huyamos, huyamos! ¡Han sonado los clarines de Francia! ¡Vuelve Carlomagno, el poderoso rey!

El conde Roldán nunca ha estimado a los cobardes, ni a los orgullosos, ni a los perversos, ni a ningún caballero poco aguerrido. Así, pues, se dirige al arzobispo Turpín y le dice:

—Señor, estáis a pie, y yo a caballo. Por afecto hacia vos desmontaré aquí; juntos aguardaremos lo bueno y lo malo; por na-

da ni por nadie he de abandonaros. Devolveremos este ataque a los infieles. ¡Qué el deshonor alcance al que no luche diestramente! Carlomagno retorna, y va a vengarnos.

Ya se escucha el tañido de los clarines de las huestes de Francia. Grande es el estruendo de su grito de guerra: ¡Montjoie! Furiosos, los sarracenos lanzan una lluvia de dardos y flechas contra Roldán, a quien desmontan, dando muerte a su corcel Vigilante, abatido por treinta heridas.

MUERTE EDIFICANTE DEL ARZOBISPO TURPIN

El arzobispo Turpín se acerca para prestarle ayuda. Luego, muy suavemente, el mismo Roldán le ruega:

—¡Ah, gentil señor, dadme vuestro permiso! ¡Nuestros compañeros, a quienes tanto hemos querido, se hallan ahí muertos, y no debemos dejarlos de ese modo! Quiero ir a buscarlos y a reconocerlos, y, ante vos, reunirlos en fila.

—¡Id y volved! —contesta el arzobispo—. ¡Por lo menos, Dios sea loado, aún nos queda el campo!

Roldán parte y avanza solo a través del terreno; busca por los valles, explora los montes. Poco a poco encuentra a sus mejores compañeros franceses, los reconoce, los levanta uno por uno y con ellos vuelve hasta donde está el arzobispo; y luego los pone, alineados, ante sus rodillas. El arzobispo no puede contener el llanto. Levanta su mano y les da la bendición. En seguida agrega:

—¡Qué desdicha, caballeros! ¡Que Dios acepte todas vuestras almas, que las reciba en el Paraíso y las acoja entre los santos floridos! ¡Mi propia muerte me acongoja, ya no volveré a ver al poderoso emperador!

Roldán vuelve a explorar el campo, y encuentra a su camarada Oliveros. Le abraza estrechamente contra su pecho y, como mejor puede, retorna al sitio en que se halla el arzobispo. Recuesta a Oliveros junto a los otros, sobre un escudo. El arzobispo les absuelve y les bendice con el signo de la

cruz. Entonces el dolor y la piedad aumentan.

—¡Oliveros, generoso compañero! —dice Roldán—. Sois hijo del duque Raniero, que señoreaba en la Marca[32] del Val de Runer. ¡Para romper una lanza y destrozar un escudo, para vencer y abatir a los soberbios, para sostener y aconsejar a los valientes, para agobiar y dominar a los perversos en ninguna tierra hubo mejor caballero!

Y así diciendo, y al ver muertos a sus pares, y a Oliveros, que él amaba tanto, Roldán se estremece y empieza a llorar. Ha empalidecido; tan grande es su duelo que no puede sostenerse en pie, y, sin poder evitarlo, cae en tierra desvanecido.

Cuando el arzobispo ve desmayarse a Roldán, experimenta la pena más grande que ha sufrido hasta entonces. Toma el olifante y va en busca de agua hasta el arroyo que corre por Roncesvalles. Marcha tambaleándose, está tan débil que no puede avanzar. Ha perdido mucha sangre y le quedan pocas fuerzas. Pronto el ánimo le falta y

cae de bruces: las ansias de la muerte se apoderan de él.

Roldán vuelve en sí, se yergue, pero para contemplar un triste espectáculo. Mira hacia arriba, mira hacia abajo: sobre la hierba verde, más allá de sus compañeros, ve tendido en tierra al arzobispo, de quien Dios hizo su representante. Turpín confiesa sus culpas, y levanta sus ojos al cielo; junta y eleva las manos, rogando a Dios que le abra el Paraíso. Y he aquí que Turpín, el arzobispo, el guerrero de Carlos, ha muerto. ¡Mientras vivió, fué un campeón por sus grandes batallas y por sus hermosos sermones contra los paganos!

Al ver al arzobispo yacer en tierra, Roldán le cruza sobre el pecho las blancas manos, tan finas, y luego, tristemente, según la costumbre de su tierra, empieza el fúnebre plañido. —Jamás, después de los apóstoles — dice, — hubo tal profeta para mantener la ley de Dios y atraer a los hombres por el buen camino. ¡Que vuestra alma sea liberada! ¡Que las puertas del Paraíso se abran ante ella!

LA MUERTE HEROICA DE ROLDAN

Dicho esto, Roldán siente que su fin está próximo. Ruega a Dios por sus pares, para que El los reciba; después, se encomienda al arcángel Gabriel[33]. Toma el olifante, para evitar todo reproche, y con la otra mano empuña a Durandarte, su espada. Avanza algo más lejos que un tiro de ballesta, hacia España, y entra en un barbecho. Sube a un montículo, donde, bajo un árbol, hay cuatro gradas de mármol. Allí, sobre la hierba verde, Roldán se desploma de espaldas. Su muerte se aproxima.

Altos son los montes, y muy altos los árboles. Mientras sobre la hierba verde Roldán yace desvanecido, un espía moro se finge muerto también y yace entre los otros, con el cuerpo y la cara manchados de sangre. Se pone en pie, e intenta apoderarse del caballero y de sus armas. Pero Roldán recobra un poco los sentidos, y, al ver que le arrebatan la espada, abre los ojos, y dice:

—¡Que yo sepa, tú no eres de los nuestros!

Y con el olifante hiere al moro sobre el yelmo guarnecido de oro y pedrería. Pronto lo derriba muerto, mientras le reprocha su pretensión traidora.

Pero Roldán advierte que su mirada se oscurece; se yergue y concentra sus fuerzas. Está muy pálido. De pronto repara que ante él hay un áspero peñasco; con su espada lo golpea diez veces, lleno de dolor y de rabia; el acero rechina, pero no se rompe ni se mella.

—¡Ah, mi buena espada![34] Puesto que voy a morir ya no te necesito. Contigo he ganado muchas batallas, conquistado muchas vastas comarcas, que ahora domina Carlos, el emperador de la barba encanecida. Nunca pases a mano de un cobarde capaz de huir delante de otro. Por largo tiempo has pertenecido a un caballero valiente. Jamás habrá otro parecido en la libre Francia.

Roldán golpea las gradas de sardónica. De nuevo el acero rechina, pero no estalla ni se mella.

—¡Ah, Durandarte — exclama Roldán:

— qué bella eres, qué clara y bruñida! ¡Cómo resplandeces y cómo fulguras al sol! Contigo he conquistado muchas comarcas y tierras que ahora domina Carlos, que ya tiene blanca la barba. ¡Por esta espada sufro dolor y tormento! ¡Antes morir que dejarla a los infieles! ¡Dios, oh Padre nuestro, librad a Francia de esta afrenta!

Roldán golpea el negro peñasco, y lo hiende; pero la espada ni cruje ni se quiebra, sino que rebota hacia el cielo. Cuando el conde ve que no ha de poder romperla, muy dulcemente, se queja:

—¡Ah, Durandarte, qué bella y santa eres! ¡Que nunca caigas en poder de un cobarde!

Roldán siente ya que la muerte lo va dominando y que de la cabeza le baja hasta el corazón. Se precipita hacia un pino; allí se tiende, sobre la verde hierba. Bajo él pone su espada y su olifante; vuelve la cara hacia la gente infiel, pues quiere que Carlos y los suyos digan que él, el noble conde, ha muerto victorioso. Confiesa sus culpas con el

ánimo ya desfallecido; con una mano se golpea el pecho y dice:

—¡*Mea culpa,* Dios mío! Por tu omnipotencia, perdona mis culpas, mis pecados grandes y pequeños.

Y, en señal de respeto y homenaje,[35] tiende hacia Dios el guante de su mano derecha. Los ángeles del cielo descienden hasta él.

El conde Roldán yace ahora bajo un pino; hacia España tiene vuelto su rostro. Y comienza a recordar muchas cosas: las muchas tierras que ha conquistado valientemente, la dulce Francia, los hombres de su estirpe, y a Carlomagno, que lo ha educado. Llora y suspira, sin poder contenerse. Pero no quiere olvidarse a sí mismo; y así confiesa sus culpas y pide misericordia a Dios.

—¡Padre verdadero, Tú que resucitaste a Lázaro de entre los muertos, y que salvaste a Daniel de los leones, salva mi alma de todos los peligros que la amenazan por los pecados que cometí durante mi vida!

San Gabriel ha tomado en su mano el guante que el caballero ha ofrecido a Dios,

Roldán ha inclinado la cabeza, y avanza, con las manos juntas, hacia su fin. Dios le envía un ángel y a San Miguel del Peligro; con ellos se acerca San Gabriel, y entre todos conducen el alma del conde al Paraíso.

III. EL CASTIGO

LA DERROTA DE LOS SARRACENOS

ROLDÁN ha muerto; en el cielo, Dios ha recibido su alma. El emperador llega a Roncesvalles. No hay allí camino, ni sendero, ni espacio de terreno libre donde no yazga un francés o un pagano. Carlomagno exclama:

—¿Dónde estáis, mi buen sobrino? ¿Dónde está el arzobispo y el conde Oliveros? ¿Dónde están los doce pares?

Pero es inútil que los llame: nadie responde.

—¡Dios! —dice el rey—. ¡Gran motivo tengo para estar desolado! ¿Por qué no estuve aquí al comenzar el combate?

Y se retuerce la barba, como hombre enfurecido. Todos sus barones sollozan.

No hay caballero que no se lamente dolorosamente. Lloran por sus hijos, por sus hermanos, por sus sobrinos, por sus amigos y por sus señores. Pero el duque Naimón es el primero que, como hombre prudente, dice al emperador:

—Mirad hacia adelante. Veréis por los caminos una gran polvareda; tan grande es la hueste infiel. ¡Cabalguemos, pues! ¡Venguemos este dolor!

—¡Ah, Dios mío! —dice Carlomagno—. ¡Están ya muy lejos! Aconsejadme. ¡Es lo más florido de la dulce Francia lo que los infieles me han arrebatado!

Luego, piadosamente, ordena que se custodien los cuerpos de los caballeros muertos, para evitar que las fieras los toquen. Mientras mil de los suyos quedan montando guardia, el mismo Carlomagno hace tañer los clarines y monta su animoso corcel. Cuando el emperador ve declinar la tarde desmonta sobre la hierba, en un prado. Se arrodilla y ruega al Señor Dios que mande detenerse el sol,[36] que se retarde la noche y que se alargue el día, a fin de hacer a tiempo para al-

canzar a los infieles. Entonces aparece un ángel —el mismo que suele hablar con el emperador— y le ordena:

—Cabalga, cabalga. No ha de faltarte claridad. Has perdido la flor de Francia, Dios lo sabe, pero podrás dar su merecido a esa gente criminal.

Al oír estas palabras, el emperador vuelve a montar en su caballo.

Por Carlomagno realiza Dios una gran maravilla, pues el sol se detiene, inmóvil. Los infieles huyen y los franceses procuran darles caza; pronto los acorralan a orillas del Río Ebro, y los paganos mueren bajo el hierro de las huestes del emperador o se ahogan en plena corriente.

Cuando Carlomagno ve que todos los infieles están muertos y el gran botín que sus caballeros han logrado, desmonta, se postra en tierra y de rodillas da las gracias a Dios. Cuando se levanta, el sol se ha ocultado.

—Es hora de acampar — dice el emperador—. Para volver a Roncesvalles es tarde. Nuestros caballos están cansados y agotados. Desensillad, quitadle los frenos y dejad

que repongan sus fuerzas mientras pacen por los prados.

El emperador establece su campamento en el lugar elegido. Sus caballos encuentran buena hierba, y los caballeros pueden descansar de sus muchas fatigas. Esta noche ya no hay necesidad de vigilar el campo.

Durante la velada el emperador no ha querido desarmarse; conserva su loriga recamada, y lleva atado su yelmo, con ornamentos de oro, y ceñida a Gozosa, su espada, que jamás tuvo semejante, y que es extraordinaria por sus numerosos reflejos. Carlos, por gracia de Dios, posee la punta de la lanza con que fué herido en la cruz Nuestro Señor, y la ha hecho incrustar en la empuñadura de oro de su espada. Por este honor la espada ha recibido el nombre de Gozosa. Los barones de Francia no deben olvidarlo; de ella han tomado su grito de guerra "Montjoie". Y por esto ningún pueblo puede resistirles.

Clara es la noche y muy esplendente la luna. Carlos reposa, pero está acongojado

por Roldán y lleno de dolor por Oliveros, por los doce pares y por las huestes de Francia. En Roncesvalles los ha dejado muertos, todos cubiertos de sangre. Llora y se lamenta sin poder contenerse; luego ruega a Dios que salve sus almas. El emperador se siente abrumado, porque su fatiga es muy grande. Se duerme. No puede más. Todos los franceses duermen sobre los prados. Ni un caballo logra mantenerse en pie; y si quieren hierba, la pacen tumbados. Mucho ha aprendido el hombre que sabe lo que es el dolor.

Por fin, también Carlomagno se duerme. Dios le envía a San Gabriel, para que custodie al emperador. Toda la noche el arcángel permanece junto a la cabecera. Carlos, en sueños, ve una tormenta horrorosa, y además gran número de animales feroces que se arrojan sobre sus soldados. Luego tiene otro sueño igualmente terrible en que el mismo emperador se ve trabado en lucha. ¿Quién será el vencedor y quién el vencido? Carlos lo ignora, y sigue durmiendo hasta el día siguiente.

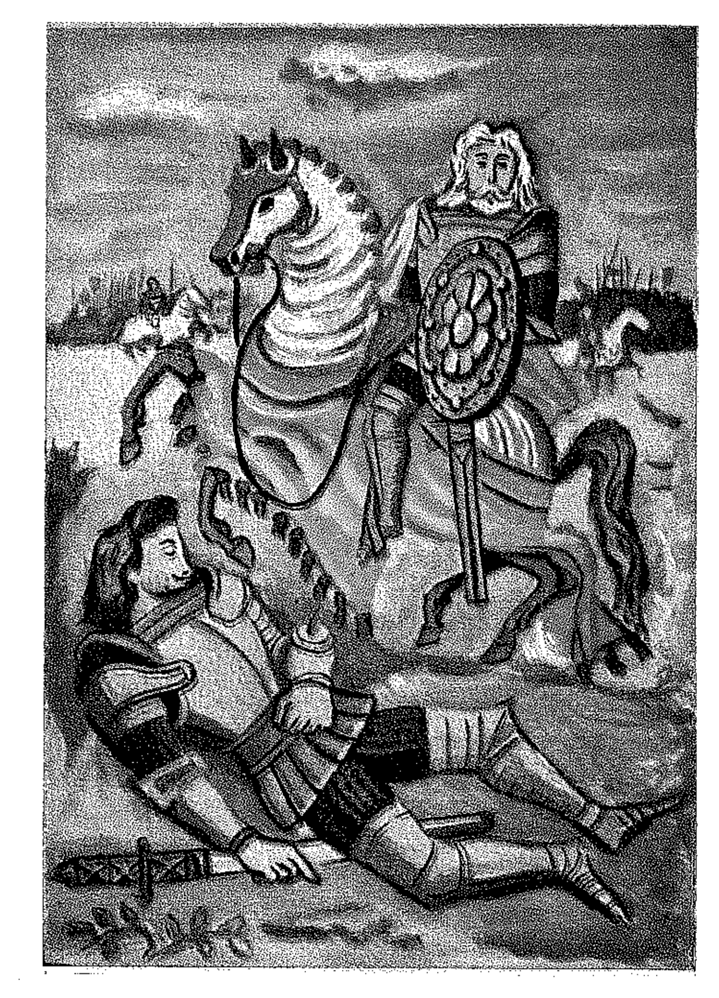
Entre tanto, Marsil, con su mano derecha

cortada, ha huído a Zaragoza. Los paganos reniegan de sus propios dioses, y el rey sarraceno, tras de oír las quejas de la reina Abraima, pide ayuda al emir de Babilonia, Baligán, un anciano cargado de días, que vivió más que Virgilio y Homero.[37] Con un gran ejército y espléndidos barcos, el emir remonta el río Ebro y llega a Zaragoza. Allí se entera de la derrota de los sarracenos, y jura a Marsil que pronto ha de vengarlo. "Por tu puño derecho perdido —le dice—, tendrás la cabeza de Carlos". Marsil delega su poder en Baligán y éste, al frente de su ejército, sale al encuentro de las huestes francesas.

CARLOMAGNO EN RONCESVALLES

Al amanecer, al despuntar el alba, se despierta Carlos, el emperador. San Gabriel, que le custodia, alza la mano y le bendice. El rey se quita el yelmo y la loriga, y como él todos los del ejército. Luego montan a caballo y galopan con presteza por los largos caminos.

Así Carlomagno y los suyos llegan a



Sobre la verde hierba ve tendido a su sobrino.

Roncesvalles, donde ocurrió la batalla. Comienza a llorar por los muertos que encuentra y dice a sus franceses:

—Señores, id al paso. Porque yo mismo quiero adelantarme a vosotros por mi sobrino a quien deseo encontrar. En Aquisgrán, el día de una solemne festividad, cuando mis valientes caballeros se jactaban de haber peleado en grandes combates y en fuertes asaltos, oí decir a Roldán que, si él debía morir en país extranjero, había de caer más adelante que sus pares y soldados, y que su rostro estaría vuelto hacia el país enemigo: así, como verdadero barón, terminaría su vida cual un vencedor.

Mientras el emperador avanza buscando a su sobrino, ve el prado con las hierbas y las flores teñidas en sangre de sus barones. A poco andar, sobre tres peñas, reconoce los golpes de Roldán. Sobre la hierba verde ve tendido a su sobrino. ¡Gran dolor el de Carlomagno! Baja del caballo y se adelanta corriendo. Toma al conde entre sus brazos y pierde el sentido, vencido por la angustia y la pena. Luego, se reanima y

poco después vuelve a desmayarse. No bien recupera las fuerzas, sostenido por los barones, junto al pálido cadáver de su sobrino, se lamenta y llora con angustia.

—¡Roldán amigo! ¡Que Dios coloque tu alma entre las flores del Paraíso, entre los bienaventurados! No pasará un día en que yo no sufra por ti. ¡Cómo va a decaer mi fortaleza y mi entusiasmo! ¡Ya no tendré quien sostenga mis glorias y me parece que ya no tengo un solo amigo bajo el cielo! ¡Me quedan parientes, pero ninguno es tan animoso!

—Roldán amigo, volveré a Francia —prosigue diciendo Carlomagno mientras se mesa los cabellos—. Cuando esté en Laon, de muchos reinos vendrán hombres extranjeros y me preguntarán: —¿Dónde está el conde capitán? — Yo les diré que ha muerto en España. Y reinaré siempre lleno de dolor, y pasarán los días sin que yo interrumpa mi llanto y mi gemido—. Y así sigue el emperador lamentándose largamente y mesando su blanca barba.

—Señor emperador —dice Godofredo de

Anjou—. ¡No os entreguéis de ese modo a vuestro dolor! Haced buscar a los nuestros que los de España han aniquilado en la batalla. Ordenad que los lleven a una misma fosa.

—Tañed, pues, vuestro cuerno — dice el rey.

Godofredo de Anjou ha tañido su cuerno. Los franceses desmontan. A todos sus amigos que hallan muertos los conducen a una misma fosa. Los obispos y monjes que acompañan al ejército de Carlomagno absuelven y bendicen a los muertos en nombre de Dios. Luego, con gran pompa, los entierran.

El emperador ordena conservar los cuerpos de Roldán, de Oliveros y de Turpín el arzobispo. Manda recoger sus corazones en un lienzo de seda y los hace encerrar en blancos sarcófagos de mármol. Después toman los cuerpos de los tres barones y, tras de haberlos lavado con vino y aromas preciosos, los colocan en tres carros envueltos en sábanas de Galaza, por orden del mismo Carlomagno.

DERROTA Y MUERTE DE BALIGAN

Carlos se dispone a volver hacia Francia, pero de pronto aparece la vanguardia de los infieles. Los franceses no tardan en sentir deseos de castigar en los sarracenos la muerte de Roldán. Carlomagno organiza sus tropas y encomienda las columnas de su ejército a diez valientes. Implora la ayuda de Dios, y luego monta a caballo. Los cuatrocientos mil franceses se ponen en movimiento y toman posiciones en una vasta llanura. Por su parte el emir Baligán se prepara: se ciñe su espada Preciosa, así llamada para rivalizar con la Gozosa de Carlomagno, cuyo renombre conoce. Baligán presenta gallardo aspecto sobre su ágil corcel, que es capaz de saltar un foso de cincuenta pies de ancho.

El emir tiene estrechos los flancos y anchas las espaldas; su pecho es robusto y bien modelado; sus hombros, fuertes; clara la tez y el ademán altivo. Su cabeza, rizada, es tan blanca como flor de la primavera. Su valor muchas veces ha sido probado. ¡Dios,

qué buen barón, si fuese cristiano! Espolea el corcel; la sangre brota clara bajo las espuelas, y así comienza a galopar. Los infieles gritan:

—¡Qué bien podrá defender sus tierras! ¡No hay un francés que pueda luchar con él y mantenerse vivo! ¡Muy loco está Carlos al no alejarse de aquí!

Mientras los sarracenos manifiestan esa confianza en su jefe, Baligán autoriza a su hijo Malprimis para que tenga el honor de llevar el primer ataque. Pronto, muy pronto, ambos grupos de combatientes se encuentran y, sobre el maravilloso espectáculo bélico, resuenan, contrapuestos y antagónicos, estos dos gritos: ¡Montjoie! ¡Preciosa!

Después se inician una serie de combates singulares.

Malprimis cabalga por mitad del campo. Está haciendo un gran estrago entre las tropas de Francia. Naimón, el duque, le mira con desdén y se lanza a matarlo valerosamente. Le desgarra el cuero del escudo, le rompe los dos paños de la cota, y le hunde

en el cuerpo todo el gonfalón amarillo; por último, lo derriba muerto entre los innumerables combatientes que yacen tendidos en tierra.

Naimón poco tarda, a su vez, en verse en grave peligro, del que le salva el emperador. La batalla se vuelve terrible. El emir reune entonces sus reservas. Sus tropas llegan de todas partes. Hasta la noche la batalla es enconada.

Franceses y árabes pelean a porfía. ¡Cuántas astas se rompen y cuántas lanzas! ¡Quién hubiese visto los escudos destrozados, quién hubiese oído los crujidos de las cotas y el rechinar de los escudos contra los yelmos! ¡Quién hubiese visto caer a tantos caballeros, rugir a tantos hombres, y morir luego sobre la tierra, habría experimentado una gran pena! El emir invoca a Apolo, a Tervagán y a Mahoma.

Pronto llega hasta él uno de sus fieles, Gemalfin; malas noticias trae:

—Baligán, señor. Os toca sufrir una gran desdicha —le dice—. Habéis perdido a Malprimis, vuestro hijo. Y Canabeu, vuestro

hermano, ha sido muerto igualmente. Dos franceses han tenido la ventura de vencerles. Uno es el emperador, según creo. Es un barón de alta estatura. Blanca tiene la barba como la flor de abril.

El emir inclina la cabeza, que parece agobiada por el yelmo. El rostro se le torna sombrío, y tan grande es su pena que cree va a morir. Luego llama a Jangleu de Ultramar, y le dice:

—Avanzad, Jangleu. ¿Qué os parece de los árabes y de los franceses? ¿Conseguiremos la victoria en esta batalla?

—No, Baligán —responde—. Vuestros dioses no han de poder salvaros. Carlomagno es un hombre agudo y sus huestes son valientes. Jamás vi raza tan atrevida en el combate. Llamad en vuestra ayuda a todos los barones de Occián, turcos, árabes y gigantes. Y lo que convenga hacer, hacedlo en seguida.

El emir deja flotar al viento su barba blanca como la flor del espino. No puede pasar inadvertido. Lleva a su boca una sonora bocina y la tañe con tal fuerza que sus

paganos la escuchan. Por todo el campo se juntan sus tropas; los de Occián braman y relinchan; los de Heraclea ladran como perros. Con gran insensatez, como locos, van buscando a los franceses. Se arrojan entre las filas más apretadas, las rompen y las separan derribando miles de muertos.

Pero el conde Ogier el danés, que jamás conoció la cobardía, se apresta a la defensa. Cuando ve rotas las filas de los franceses, llama a Thierry, el duque de Argona, a Godofredo de Anjou y al conde Joserán. Con gran ánimo exhorta a Carlomagno:

—¡Ved los infieles, cómo matan vuestros hombres!

Nadie responde una sola palabra. Todos aguijan sus corceles, los lanzan a la carrera y van a acometer a los infieles allí donde los encuentren. Todos, el mismo Carlomagno, el duque de Naimón, Godofredo de Anjou y en modo particular Ogier el danés. El emperador interroga a sus franceses:

—¿Barones, por Dios, decidme si vais a acudir en mi ayuda?

—¿Por qué lo preguntáis? — responden



La lucha es tan furiosa que sólo podrá concluir con la muerte de alguno de los contendientes.

los franceses—. Gran traidor será quien no acometa con todo su ánimo.

Pasa el día y el atardecer se acerca ya. Franceses e infieles se atacan. De una y otra parte no olvidan sus gritos de guerra:

—¡Preciosa! — clama el emir. Y Carlos grita su contraseña guerrera:

—¡Montjoie!

Los dos jefes reconocen sus voces altas y claras. En medio del campo se juntan y se desafían. Se cambian golpes de lanza sobre sus adargas bordadas de rosetas. Los paños de las dos lorigas se desgarran, pero ninguno siente herida la carne. Las cinchas se quiebran, y saltan las monturas. Los dos reyes caen, pero se levantan con presteza. Desenvainan valientemente sus espadas. La lucha es tan furiosa que sólo podrá concluir con la muerte de uno de los contendientes.

Muy valeroso es Carlos, el emperador de la dulce Francia, pero el emir no le teme ni se acorbarda ante él. Los dos esgrimen sus espadas desnudas, y sobre los escudos se asestan golpes temibles. Se parten los cueros y maderas, que son dobles. Saltan los clavos,

las blocas vuelan en pedazos. Después, ya a cuerpo descubierto, se hieren sobre las lorigas. De los yelmos saltan centellas.

—¡Carlos, medítalo! —dice el emir al emperador—. ¡Resuélvete a mostrarme que estás arrepentido! Sé que has matado a mi hijo y ahora pretendes apoderarte de mi país. Si te conviertes en mi súbdito, yo te doy en feudo mi tierra. ¡Ven conmigo hasta Oriente, bajo mis órdenes!

—Eso sería una gran vileza —responde Carlos—. A un infiel no le debo conceder ni el amor ni la paz. Recibe la ley que Dios nos reveló, la ley cristiana. Si así lo haces, te amaré siempre. Es necesario que sirvas al Rey Todopoderoso.

—¡Mal sermón me predicas! —dice Baligán. Y vuelven a atacarse.

El emir es hombre muy robusto. Golpea a Carlos sobre su yelmo de acero; se lo parte sobre la cabeza y lo hiende. La hoja de la espada resbala hasta la cabellera y arranca un palmo de piel, o más, dejando el hueso desnudo. Carlos vacila, y está a punto de caer. Pero Dios no quiere que el rey sea

muerto ni vencido. San Gabriel vuelve hacia él, y pregunta:

—Gran rey, ¿qué te sucede?

Cuando Carlomagno oye la santa voz del ángel, ya no teme. Sabe que no va a morir, recobra su ánimo y con su espada de Francia acomete al emir. Le rompe el yelmo, y las gemas centellean; le hiende el cráneo y le derrama todo el cerebro. Le parte toda la cabeza hasta la barba blanca y, sin dejarle pausa, lo derrumba muerto.

—¡Montjoie!

Al grito del emperador acude el duque Naimón. Carlos monta de nuevo y los infieles huyen. Los franceses, con el rey, los persiguen. Y cada uno asesta golpes furibundos. De los infieles que allí quedan pocos escaparán con vida.

En medio del fuerte calor y de una nube de polvo, los sarracenos huyen y los franceses los acorralan. La persecución dura hasta Zaragoza. A lo alto de su torre ha salido Abraima y con ella los sacerdotes de la falsa ley que nunca han amado a Dios. Cuando la

reina ve a los árabes en semejante derrota, exclama en voz alta:

—¡Que Mahoma nos valga! ¡Ah, amable rey, ved vencidos a los nuestros! ¡El emir ha sido muerto con gran afrenta!

Al oír esto, Marsil se vuelve hacia la pared y comienza a llorar, inclinando la cabeza. Tan grande es el dolor que le produce el desastre que el perverso monarca sarraceno muere de pena. Agobiada de pecados, su alma es ya presa de los demonios.

Carlomagno ha ganado la batalla y sus soldados invaden la ciudad de Zaragoza. Abraima, la reina mora, mujer de Marsil, ha rendido las torres, las diez grandes y las cincuenta pequeñas. Digno y gallardo se muestra el emperador con su barba encanecida. El que acude a Dios Nuestro Señor siempre logra su esfuerzo.

Así pasa el día, y ahora la noche es avanzada. La luna luce muy clara y las estrellas centellean. El emperador ha tomado la ciudad entera, las sinagogas y las mezquitas,

todos los templos de los infieles. A martillazos y hachazos destruyen las imágenes y todos los ídolos. El rey emperador anhela cumplir los ritos divinos, y sus obispos bendicen las aguas. Después conduce a los infieles prisioneros hasta el baptisterio. Más de cien mil son bautizados. Ya son verdaderos cristianos, menos la reina, que será llevada cautiva a la dulce Francia. Carlomagno quiere que ella se convierta por amor y no por fuerza.

Y luego pasa la noche y despunta el día claro. Carlos guarnece las torres de Zaragoza. Deja allí mil caballeros bien adiestrados para que guarden la ciudad en nombre del emperador. Ocupan Narbona y siguen avanzando. Y así llegan a Burdeos, la ciudad ilustre. Hecho esto, con las tropas restantes montan a caballo y, henchidos de satisfacción, después de tantas penas, emprenden el regreso. Cruzan el río Gironda en grandes bajeles, y hasta Blaye el emperador conduce a su sobrino, y a Oliveros, su noble compañero, y al arzobispo, que fué tan sabio y esforzado. En sus blancos ataúdes

de mármol, en la iglesia de San Román[38] reposan los tres valientes caballeros.

Cumplido tan piadoso deber, Carlos cabalga por los valles y los montes hasta Aquisgrán sin hacer alto. Tanto camina que pronto se acerca a su residencia. En cuanto llega a su palacio imperial, por mensajeros ordena venir a sus jueces, bávaros y sajones, loreneses y frisones. También llama a los alemanes, borgoñones, potevinos, normandos y bretones. Llama asimismo a los de Francia, que entre todos esos jueces son los más sabios. Y entonces comienza el juicio de Ganelón.

LA MUERTE CONMOVEDORA DE LA BELLA ALDA

El emperador ha llegado de España. Ya está en Aquisgrán, la mejor ciudad de Francia. Sube a su palacio y penetra en la sala. Ahí sale a su encuentro Alda, la hermosa doncella, hermana de Oliveros y prometida de Roldán. Muy pronto pregunta al rey:

—¿Dónde está Roldán, el valiente, que juró tomarme por esposa?

Carlos siente un gran dolor, una profun-

da amargura. Llora y se mesa la barba blanca:

—¡Querida amiga! —dice—. ¿Por quién preguntas? Por un muerto. Pero haré por ti el mejor cambio. No sé qué decirte más agradable. Te ofrezco por esposo a Ludovico, mi hijo. El poseerá mis comarcas.

—Vuestro lenguaje es extraño —responde Alda—. ¡No es grato a Dios ni a sus santos, ni a sus ángeles, que muerto Roldán quede yo viva! — Alda palidece. Cae a los pies de Carlomagno, y muere. ¡Que Dios reciba su espíritu! Los barones franceses lloran y se lamentan.

Así ha muerto la bella Alda. El rey cree que está desmayada y se compadece de ella. La toma por los brazos y la levanta. Sobre los hombros ve caer la cabeza. Cuando Carlos comprende que está muerta, hace venir en seguida cuatro condesas. Conducen a Alda a un monasterio de monjas y durante toda la noche, hasta el alba, la velan piadosamente. Luego la entierran, con grandes honras y pompa, en uno de los altares.

EL JUICIO DE DIOS

El emperador ha regresado a Aquisgrán. Entre cadenas de hierro, Ganelón, el traidor, está en la ciudad ante el palacio. Le han atado a un poste con las muñecas oprimidas con correas de piel de ciervo. Con varas y bastones le azotan fuertemente. No merece otro tratamiento. Entre grandes dolores, el felón espera su sentencia.

Carlos hace venir a sus vasallos y todos se congregan en Aquisgrán, en el gran día de la fiesta solemne de San Silvestre. Después empieza el juicio de Ganelón. El emperador lo hace conducir a su presencia.

—Señores barones — dice el rey Carlomagno—. Juzgad a Ganelón según la ley. Me ha hecho perder a veinte mil franceses. Y a mi sobrino, que ya nunca volveréis a ver, y a Oliveros, el valeroso y cortés, y a los doce pares. Los ha traicionado por dinero.

—¡Avergonzado sea —dice Ganelón—, si oculto algo! Roldán me perjudicó en mi

hacienda y en mi oro. Por eso busqué su ruina y su muerte. Pero no he sido traidor.

—Celebraremos consejo para establecerlo —dicen los franceses.

Ante el rey, Ganelón está de pie: vigoroso es su cuerpo y su rostro muestra buen color. Si fuese leal, cualquiera creería ver en él un hombre de honor. Mira con aplomo a los de Francia, y a todos los jueces, y a treinta de sus parientes que se hallan cerca. Después exclama con voz alta y recia:

—¡Barones, escuchadme, por amor de Dios! Yo estaba, señores, en el ejército, junto al emperador a quien servía con lealtad y afecto. Roldán, su sobrino, me tomó odio y me condenó a la muerte y al dolor. Llevé un mensaje al rey Marsil, y, por mi astucia, pude salvarme. Entonces desafié a Roldán, el esforzado, y a Oliveros, y a todos sus compañeros. ¡Me he vengado, pero no he sido un traidor!

—Celebraremos consejo— vuelven a decir los franceses.

Ganelón elige treinta parientes y a un defensor, Pinabel, señor del castillo de Sorence. Los barones deliberan; algunos son partidarios del perdón.

—Señor, os lo rogamos —dicen a Carlomagno—. Dejad libre al conde Ganelón. En adelante os servirá con toda fidelidad y afecto. Dejadle vivir, porque es un caballero excelente. Ya nada podrá devolveros a Roldán.

—Sois unos felones —dice el emperador.

Cuando ve Carlos que todos sus caballeros le abandonan, inclina la cabeza, y, muy apenado, exclama:

—¡Ay de mí!

Pero ve alzarse ante él un caballero: Es Thierry, hermano de Godofredo, un duque angevino. Cortésmente dice al emperador:

—Mi buen señor, no os apenéis así. Bien sabéis que por largo tiempo os he servido. Por el honor de mis antepasados, debo hablar de este modo: aunque Roldán no tuviese razones para detestar a Ganelón, Roldán estaba a vuestro servicio; esto ya debió ser bastante para que se le respetase. Ganelón es un vil, puesto que lo ha traicionado. Es contra vos, contra quien ha sido perjuro y

malvado. Por esto yo juzgo que debe ser tratado como villano que ha cometido una felonía. Si tiene un pariente que pretenda desmentirme, con esta espada quiero mantener mi parecer.

—¡Bien habéis hablado! —dicen los caballeros franceses.

Dispuesto a defender a Ganelón, Pinabel se adelanta a su vez y acepta el desafío de Thierry. Ogier de Dinamarca es elegido para organizar el combate y ser juez en la contienda. Después, Thierry y Pinabel piden sus caballos y sus armas[39].

Puesto que ya están prontos para enfrentarse, los dos se confiesan: el sacerdote los bendice y absuelve. Oyen misa y comulgan. Después, los dos vuelven a presencia de Carlos. Se han calzado sus espuelas; se han vestido sus cotas, blancas, fuertes y ligeras, y atado sus yelmos relucientes. Se ciñen espadas guarnecidas de oro puro; cuelgan de sus cuellos los escudos cuartelados; empuñan con la diestra sus lanzas afiladas, y montan en rápidos corceles. Entonces cien mil caballeros, por amor a Roldán, tienen

lástima de Thierry. Pero Dios sabe cómo va a terminar todo eso.

En las afueras de Aquisgrán, la pradera es muy vasta; allí van a juntarse los dos barones: son hombres esforzados y de gran valentía; sus corceles son briosos y rápidos. Los espolean con fuerza y les dejan libres las riendas. Con todo su impulso se salen al encuentro. Los escudos se rompen. Las cotas se desgarran y se quiebran las cinchas; las monturas se dan vuelta y las sillas caen a tierra.

Velozmente, los dos caballeros se ponen en pie. Pinabel es fuerte, ágil, ligero. Cada uno busca al otro. Con sus espadas de pomo de oro puro se asestan golpes repetidos sobre los yelmos de acero. Grande es el desconsuelo de los caballeros franceses.

—¡Ah, Dios mío! —dice Carlomagno—. ¡Haced que resplandezca la verdad y el derecho!

—¡Thierry, ríndete! —dice Pinabel—. Yo seré tu vasallo con toda fidelidad y afecto. ¡Te daré lo que quieras de mis riquezas,

pero haz que el rey se reconcilie con Ganelón!

—Ni quiero pensarlo —responde Thierry—. ¡Qué Dios decida hoy con quién está la verdad!

—Pinabel, eres un buen barón —dice luego Thierry—. Eres corpulento y fuerte, tu cuerpo está bien modelado. Tus pares reconocen tu valentía. ¡Renuncia a esta pelea! Yo te pondré en buenos términos con Carlomagno. En cuanto a Ganelón, se hará con él justicia, y de tal manera que siempre ha de hablarse de ella.

—¡No lo quiera Dios! —responde Pinabel—. Quiero defender a toda mi parentela. No me declararé vencido por ningún hombre viviente. Es preferible morir antes que sufrir ese reproche.

De nuevo vuelven a esgrimir sus espadas sobre sus yelmos. Ya nadie podría separar a esos hombres y uno de ellos tendrá que morir en el duelo.

Pinabel de Sorence hiere a Thierry sobre su yelmo de Provenza. Saltan chispas y la hierba se inflama. La hoja acerada resbala

por la frente del caballero. La mejilla derecha ha quedado ensangrentada y ensangrentada la cota. Pero Dios protege a Thierry. Pinabel no ha podido derribarlo muerto.

Thierry siente que está herido en el rostro: su sangre cae sobre la hierba del prado. Reaccionando, pronto golpea a Pinabel sobre su yelmo de acero oscuro, lo rompe y lo hiende hasta el nasal. Luego hunde la hoja en la herida y lo derriba muerto. Por este solo golpe queda ganada la batalla.

—¡Dios ha hecho un milagro! —gritan los franceses—. Es, pues, justo que Ganelón sea castigado y con él los parientes que le han salido de fiadores.

Concluído el combate, el emperador abraza al vencedor Thierry, y luego, con los demás caballeros, vuelve a Aquisgrán. Allí echan pie a tierra en la plaza. Entonces comienza el suplicio de Ganelón y de los suyos, pues todo traidor se pierde y pierde consigo a todos los que le acompañan.

Son treinta y se les ahorca, menos a Ganelón. Los caballeros se han puesto de acuerdo en que éste debe morir en un suplicio

terrible. Y así poco después lo abandonan a cuatro corceles briosos que, tironeando, no tardan en destrozar su cuerpo. Ganelón ha perecido con la muerte propia de un felón probado. Cuando un hombre traiciona a otro, no es justo que pueda envanecerse de ello.

Cuando el emperador da por cumplido el ajusticiamiento, llama a sus obispos de Francia, a los de Baviera y a los de Alemania, y les dice:

—Tengo en mi palacio una noble prisionera. Ha oído tantos sermones y enseñanzas que quiere creer en Dios y pide hacerse cristiana. Bautizadla para que su alma sea del Señor.

—Sea —dicen los obispos—. Elegidle padrinos.

En los baños de Aquisgrán, ante gran muchedumbre, recibe el bautismo la reina de España. Le cambian su nombre árabe por el de Juliana, y acepta la santa ley con fe y conocimiento.

El emperador ha hecho justicia y cumplido ese deber piadoso. El día se va entretanto y la noche es muy oscura. Carlomagno está en su cámara abovedada. San Gabriel viene a decirle en nombre de Dios que es preciso que no se dé descanso: es necesario que reuna de nuevo a sus huestes a través de todo su imperio, pues todavía hay que proseguir la defensa de la Cristiandad que los infieles de otras regiones continúan atacando. El anciano emperador hubiera deseado descansar, pero comprende lo que su deber le exige.

—¡Dios mío! —exclama mientras llora y mesa su barba blanca—. ¡Cuántas fatigas en mi vida!

Aquí termina la gesta que cuenta Turoldo.[40]

NOTAS

Como se presenta en este tomito, el texto de la *Canción de Roldán* no ofrece mayores dificultades lexicográficas. De ocurrir alguna, bastará con la simple consulta del Diccionario. Por ello, y para evitar redundancias, las NOTAS que siguen son casi exclusivamente históricas y literarias. Dado el dominante carácter poético de la antigua gesta, sólo cuando se trata de detalles fundamentales se indica el desacuerdo cronológico de algunos pasajes. Se evita asimismo toda digresión ociosa en torno a la geografía imprecisa del poema (nombres de algunas regiones, ciudades, etc.). Siempre que fué necesario, el traductor y adaptador se ayudó, en primer término, con los estudios, ya clásicos, del insigne medievalista Joseph Bédier (*La Chanson de Roland*, París, 1921, etc.).

Las divisiones y subdivisiones de la adaptación castellana reproducen, en parte, las que son usuales en las ediciones francesas para estudiantes. Además, por suponerlo complemento útil para el lector curioso de la literatura de nuestro idioma, también se da noticia de personajes y episodios que de la epopeya carolingia han pasado a la poesía narrativa española.

1. Carlos I, el Grande, o Carlomagno. Rey de los francos. Nació en 742 y murió en 814. Hijo de Pipino el Breve y de la reina Berta, sucedió a su padre en 768. Reinó con su hermano Carlomán hasta 771. Muerto éste, Carlomagno inició una serie de empresas para organizar sus dominios: los aquitanos, los lombardos, los bávaros, los sajones y otros núcleos importantes de la población europea no tardaron en sometérsele. Efectuó una expedición a España, contra los árabes. A su regreso, la retaguardia, capitaneada por su sobrino Roldán, fué aniquilada en el desfiladero de Roncesvalles. En el año 800, el papa León III lo coronó emperador de Occidente. Carlomagno procuró entonces unificar su imperio, constituído por las razas y los pueblos más diversos. Administró admirablemente sus tierras, tan vastas que se extendían desde el Mar del Norte hasta el Ebro y desde el Atlántico hasta los montes de Bohemia. Legislador y reformador de la justicia, Carlomagno fué también un generoso protector de la educación y de las artes. Alcuino y Eginhardo colaboraron en su sabia reforma de la enseñanza, y todo su gobierno constituyó un hermoso momento de la cultura humana. La poesía y la leyenda han embellecido muchas circunstancias de su vida; grandes ciclos de la literatura de varios países del viejo mundo le están enteramente dedicados. En una serie de composiciones del Romancero español — la de los llamados romances carolingios — se recuerdan las hazañas del viejo emperador y de sus caballeros.

2. Marsil. Este rey moro es un personaje meramente legendario.

3. Mahoma. Reformador religioso, fundador de la religión musulmana (571-632). Basado en el Corán, el islamismo o mahometanismo se difundió con rapidez entre muchos pueblos de Oriente. Los sarracenos (núcleo arábigo de esos musulma-

nes) invadieron vastas regiones de Europa, y en particular la Península ibérica, en la que penetraron en el año 711, en tiempos de don Rodrigo, el último rey godo.

4. Apolo. Dios griego que, con ese nombre o el de Febo, figuró también en la mitología romana. Se le adoraba como dios de la luz, de la poesía, de la música, de las artes, de la elocuencia, de la medicina y de los oráculos.

Por error histórico, el autor de la *Canción de Roldán* cree que los árabes lo invocaban.

5. La dulce Francia. Expresión tradicional, muy difundida luego en la literatura de los más diversos países. Toda la Europa medieval la usó para ponderar la belleza de los paisajes y el fino halago de las maneras de Francia. Más o menos modificada, los cruzados emplearon esa expresión para manifestar su nostalgia: *Returnent franc en France, dulce terre.*

6. San Miguel. Este arcángel, jefe de la milicia celeste, fué extraordinariamente popular en la

Edad Media. En Francia se le consideraba protector de Carlomagno y de todas sus tierras.

7. Barones. El título de *barón* es propio de la nobleza cristiana y europea, no de la musulmana y oriental. Como se advirtió anteriormente, el poeta de la *Canción de Roldán* confunde a veces las modalidades de una civilización con las modalidades de la otra. Además, conviene tener presente que en este poema, como en otros textos medievales, la palabra *barón* no sólo designa un título nobiliario. En forma genérica suele aplicarse también al caballero noble, al hombre probo, al guerrero esforzado.

8. Roldán. Tal es la grafía castellana de este nombre. Con frecuencia se dice y escribe Rolando, al modo francés, u Orlando a la manera italiana. Una compleja tradición poética exorna desde hace siglos la figura histórica de dicho personaje. El famoso paladín fué señor de la Marca de Bretaña. La leyenda lo hace sobrino de Carlomagno y uno de sus pares. Según esa leyenda, la madre de Roldán — a su vez hermana del emperador — desposó en segundas nupcias a Ganelón, luego

fiero enemigo de su valiente hijastro. El 15 de agosto del año 778, de vuelta de una expedición por España al mando de la retaguardia de Carlomagno, Roldán fué vencido en Roncesvalles, víctima de su valor temerario. Como en el caso del emperador, la leyenda ha poetizado la vida y las hazañas del héroe. Entre las obras más famosas, inspiradas por él o por sus hechos, cabe citar la misma *Canción de Roldán*, el antiguo poema español *Roncesvalles*, algunos romances del ciclo carolingio, el *Orlando enamorado*, de Boyardo, el *Orlando furioso*, de Ariosto, *El cuerno*, de Alfredo de Vigny, etc.

9. Oliveros. Uno de los doce pares de Carlomagno. Empezó por asumir una actitud combativa frente a Roldán pero, al comprender que las razones de ambos eran recíprocamente valederas, concertó con él una amistad inquebrantable. Algunos autores han comparado esa amistad de Roldán y Oliveros con la de Aquiles y Patroclo en *La Ilíada*, y con la de Niso y Euríalo en *La Eneida*. En la *Canción de Roldán*, en los relatos de caballerías y en los viejos romances, Oliveros representa la cordialidad discreta, la moderación y la

prudencia. Es una figura complementaria de la de Roldán, denodado y valiente, pero impetuoso y poco previsor.

10. Gonfalonero. Porta-estandarte. Designábase así, y también *confalonero* o *confaloniero* al que llevaba el *confalón*, especie de banderín, a manera de oriflama o enseña. El gonfalón solía ser de tela muy vistosa. Se lo sujetaba en el extremo superior de la lanza o de la pica. (Véase pág. 29). Tenía forma rectangular y terminaba en tres puntas.

11. Ajedrez. Este juego, de antigua procedencia oriental, fué una de las distracciones predilectas de los caballeros medievales.

12. La barba blanca y la cabeza florida. Aun modernamente (según se lee en varios poemas de Víctor Hugo, Rubén Darío, etc.), a Carlomagno se le suele llamar "el emperador de la barba florida". Desde la época de la *Canción de Roldán*, la leyenda lo presenta como un anciano dignísimo y soberanamente hermoso. Se le atribuía doscientos años de edad, pero en el momen-

to del descalabro de Roncesvalles el poderoso monarca contaba sólo treinta y seis años y aún no había sido consagrado emperador. Además, en la corte carolingia, en la que lo usual fué sólo el bigote, ni el emperador ni sus barones llevaban barba. El poeta atribuye a los hombres del siglo VIII un aspecto físico que corresponde a las costumbres de sus propios contemporáneos (fines del siglo XI o comienzos del XII). En las representaciones literarias y plásticas de Carlomagno esa visión estética fijada por el autor del poema ha prevalecido casi siempre sobre los escuetos datos históricos.

13. Fuentes de Aquisgrán. Ahí en Aquisgrán — en francés *Aix* o *Aix-la-Chapelle* — tuvo asiento la corte carolingia. Las fuentes o baños termales de esa ciudad fueron conocidos desde el tiempo de los romanos, pero en la época de Carlomagno se suponía que Dios los había creado para el emperador.

14. Turpín. Con Roldán y Oliveros, el arzobispo Turpín aparece entre los héroes más destacados y simpáticos de *La Canción de Roldán*. Bajo

el imperio de Carlomagno hubo un arzobispo de Reims llamado Turpín, a quien se atribuye una historia poco veraz de las hazañas de ese monarca. En el *Quijote* (I, 6), Cervantes lo llama irónicamente "verdadero historiador". Por su parte, el animoso personaje de la gesta francesa tiene visos de leyenda. Algunas de sus modalidades coinciden con las de don Jerónimo, el obispo "bien entendido de letras" y diestro en el manejo de las armas, que en la literatura castellana figura en el *Poema de Mio Cid*.

15. Ganelón. Personaje creado por la fantasía del poeta y, según la leyenda antes recordada, padrastro de Roldán. Ganelón ha quedado en la historia literaria como el prototipo del traidor. En el texto del poema es sin embargo un personaje complejo, al que no le faltan valiosas dotes personales.

16. Naimón o Naimes. Fué duque de Baviera, y se le recuerda como ejemplo de consejero reposado y prudente. Su papel en la *Canción de Roldán* es semejante al del anciano Néstor en *La Ilíada*.

17. El bastón y el guante. Desde la anti-

güedad el bastón fué el símbolo o emblema de los embajadores, y este uso subsistió hasta la Edad Media. En esta época el guante representaba a su propio dueño, de ahí que a veces se lo confiase al embajador por si tenía necesidad de utilizarlo en algún desafío solemne. Este gesto de desafío, aludido en la conocida expresión: *Arrojar el guante a alguien* pasó más tarde a las costumbres modernas. En los siglos medios, elegir entre el bastón y el guante presentados por un embajador equivalía a elegir entre la paz y la guerra.

18. Los doce Pares. Desígnase así a los doce paladines cristianos que formaron una especie de cofradía militar junto a Carlomagno, algo semejante a la del rey Arturo o Artús y los caballeros de la Tabla Redonda. Su nombre se explica porque se consideraban iguales o *pares* en jerarquía. Eran doce en recuerdo de los discípulos de Jesucristo, y sus componentes habían sido elegidos entre los caballeros más leales y animosos. Los pares de Carlomagno constituyen en realidad una bella creación poética de los trovadores. Sus nombres, según la misma *Canción de Roldán,* son los siguientes: Roldán, Oliveros, Sansón, Anseís, Otón, Garín,

Gerer, Ivon, Ivoire, Berenguer, Angelier y Gerardo de Rosellón.

19. El Manto. Como arrojar el guante, arrojar el manto era un signo de desafío.

20. Tierra Mayor (*Tere Major*). Nombre de Francia en la *Canción de Roldán* y otros poemas medievales. Los eruditos proponen una doble explicación lexicográfica: según unos, significa la tierra de los mayores o de los antepasados; según otros, debe entenderse la tierra o comarca más grande o más extensa.

21. Sueña... Tanto en los poemas épicos como en las canciones de gesta medievales son frecuentes estas notaciones de sueños promisorios o anunciadores de lo porvenir. Otros sueños de Carlomagno aparecen narrados en la página 95 de este volumen.

22. Los Puertos. El vocablo *puerto* (de puerta) tiene aquí el significado genérico de entrada o pasaje. La garganta o desfiladero de Cize y el paso inmediato de Roncesvalles han conservado esa designación arcaica.

23. Gaiferos. Este personaje caballeresco (en francés *Gaifier*) pasó luego a numerosos relatos españoles. Es conocido el romance bellamente recordado por Cervantes en el capítulo XXVI de la segunda parte del *Quijote*:

Caballero, si a Francia ides,
por Gaiferos preguntad.

El mismo capítulo del *Quijote* trae noticias de otros personajes y temas de la gesta y narraciones carolingias: en el episodio del retablo de maese Pedro se alude a la esposa de don Gaiferos, Melisendra o Melisenda (en francés Mélisande), a Carlomagno, al rey Marsil, etc.

24. Roncesvalles (en francés *Roncevaux*). Nombre del famoso *puerto* o desfiladero de los Pirineos, tan celebrado por la leyenda y la poesía de Francia, España y otros países. En el año 778 ocurrió allí el desastre de las huestes de Carlomagno y la muerte de Roldán con sus fieles caballeros. Aunque esa incursión del emperador había sido emprendida contra los sarracenos, en realidad quienes atacaron a Roldán y provocaron su muerte y

la de sus tropas fueron los vascos. La historia y la literatura hacen frecuentes alusiones a dicho episodio y a ese lugar pirenaico. En fecha todavía reciente se ha descubierto un *Cantar de Roncesvalles,* compuesto en España en el primer tercio del siglo XIII. El fragmento conservado contiene la lamentación del emperador frente al cadáver de su sobrino.

25. Durandarte. Las espadas de los antiguos caballeros llevaban un nombre, que se les imponía solemnemente y como en un bautismo. Además de la Tizona y la Colada del Cid Campeador, una de las más famosas en la historia de la literatura es, precisamente, Durandarte (en francés *Durandal*). En el desarrollo del relato de la *Canción de Roldán* puede verse cómo otras espadas aparecen con sus nombres: Gozosa, Altaclara, Almaza, Preciosa, etc. Aplicado a persona, el nombre de Durandarte sirvió luego, en las letras españolas, para designar al prototipo del enamorado caballeresco.

Durandarte, Durandarte,
buen caballero probado...

dice un viejo romance en el que se alude también a don Gaiferos. En otra composición parecida se cuenta cómo Durandarte sirvió largos años a su dama, Belerma, sin reclamar favor alguno por su consagración amorosa. Don Luis de Góngora, en uno de sus romances artísticos, hace asimismo referencia a Durandarte. En el siglo XVI, don Luis Milán puso música al romance citado en primer término.

26. Olifante. Este es el nombre, justamente famoso, del cuerno o trompa guerrera de Roldán. Según la tradición era de marfil, lo que explica su nombre, pues dicho vocablo procede de una deformación popular de la palabra elefante.

27. Vigilante. El nombre del caballo de Roldán tuvo mucha difusión en antiguos relatos y poemas, al par del Bucéfalo de Alejandro, el Tencedor de Carlomagno, el Babieca del Cid y el Rocinante de Don Quijote de la Mancha.

28. ¡Montjoie! Este fué, en efecto, el grito de guerra, la señal de combate que utilizaron las gentes de Carlomagno. Más tarde, a partir de 1076,

los reyes de Francia y sus huestes lo siguieron empleando en la fórmula *Montjoie-Saint-Denis*. No están de acuerdo los filólogos en cuanto al significado estricto del vocablo *Montjoie*. Parece evidente que existió alguna relación directa entre ese famoso grito de guerra y el nombre de la espada de Carlomagno: Gozosa (en francés *Joyeuse*). Véanse los pasajes de las páginas 94, 101 y 106 del presente tomito.

29. Una extraordinaria tormenta. Según algunos autores, en este pasaje, la muerte de Roldán aparece anunciada por los mismos signos que precedieron la muerte de Nuestro Señor Jesucristo. (*San Mateo*, cap. XXVII, vs. 45-54, y *San Lucas*, cap. XXIII, vs. 44-45).

30. Alda. Este personaje femenino, cuyo nombre francés es *Aude*, pasó luego, en forma indirecta, a la literatura castellana. Conocido es el romance que empieza:

En París está doña Alda,
la esposa de don Roldán...

(La palabra *esposa* presenta aquí su significación primitiva de desposada o prometida).

31. Lo llora y se lamenta. El llanto y lamento de Roldán, ante el cadáver de Oliveros, corresponde al *regret* o queja fúnebre, ritual en la Edad Media. (En francés, *regretter* significa aún hoy lamentar la pérdida de algo o echar de menos a una persona o cosa). En la página 85 puede leerse cómo, ya muerto Turpín, el mismo Roldán entona el elogio fúnebre del arzobispo; más adelante, en la página 98, figura el *regret* de Carlomagno frente al cuerpo de su sobrino.

32. Marca. Región o distrito fronterizo, sobre todo si estaba bajo poder o dominio enemigo. En la nota Nº 8 se recordó que Roldán fué conde de la Marca de Bretaña. En términos estrictos, el señor recibía el nombre de *marqués*.

33. Gabriel. Este arcángel aparece también con frecuencia en los viejos poemas, en los cuales, por reminiscencia de lo que se dice en el evangelio de San Lucas, se lo ve actuar como intermediario entre Dios y los hombres.

34. ¡Ah, mi buena espada! En esta frase se inicia el *regret* de Durandal. Aquí la queja fúnebre y el elogio extremo lo realiza el propio moribundo antes de abandonar sus objetos más queridos.

35. En señal de respeto y homenaje. En la Edad Media, como antes se dijo, arrojar el guante frente a alguien equivalía a desafiarlo; ofrecer el guante significaba, en cambio, expresar una actitud de sumisión, de reverencia o de acatamiento. El ademán del paladín francés resulta así conmovedor: en el trance supremo, Roldán, caballero cristiano, se reconoce vasallo de Dios, soberano Señor cuya infinita potestad impera sobre todos los hombres, incluso sobre el emperador Carlomagno.

36. Ruega al Señor que mande detenerse el sol. Reminiscencia bíblica. Tanto en este párrafo como en el de la página siguiente, la *Canción de Roldán* recuerda el pasaje de las Escrituras en que Dios detuvo el sol para permitir que Josué venciese a los amorreos. (*Josué*, Cap. X, vs. 12-14).

37. Más que Virgilio y Homero. Como muchos de sus contemporáneos, el autor de la *Canción de Roldán* imagina a estos dos grandes poetas antiguos a modo de sabios ancianos patriarcales. En varios pasajes de la *Canción de Roldán* no faltan reminiscencias de los poemas homéricos, aunque posiblemente indirectas. Ello hace más valiosa la referencia apuntada. En su cita, el escritor medieval da prioridad a Virgilio, poeta que en esa época gozaba de una difusión mucho mayor que la del propio Homero. Aunque pagano, Virgilio interesó profundamente a muchas mentes medievales. Se le atribuía toda suerte de prodigios y se le consideraba como una especie de profeta a causa de la presunta anunciación mesiánica contenida en su Egloga IV.

38. La iglesia de San Román. De acuerdo con el texto del poema y con numerosas tradiciones locales, durante mucho tiempo en el poblado de Blaye, y en la citada Iglesia, se veneraron tres tumbas de mármol blanco: en las dos primeras se suponía que descansaban los restos de Roldán y los del noble y fidelísimo Oliveros. La tercera

solía atribuirse indistintamente a Turpín, a la bella Alda o al santo patrono de ese templo.

39. Sus caballos y sus armas. El duelo singular que se traba entre Thierry como representante del emperador y Pinabel como amigo de Ganelón fué muy corriente desde el siglo X al XII. En este *juicio de Dios* se pensaba que siempre salía triunfante aquel de los contendientes que defendía la causa justa.

40. En el original, el poema concluye con el siguiente verso:

Ci falt la geste que Turoldus declinet.

La forma verbal *declinet* procede de un infinitivo que significa indistintamente componer, transcribir, recitar. De ahí que, según se indicó en la *Advertencia,* no pueda decirse con absoluta certeza si el mencionado Turoldo fué en verdad el autor o un copista o un simple juglar que recitaba y difundía el texto.

En la presente versión y adaptación se traduce *declinet* por la expresión genérica *cuenta,* que

puede aplicarse a cualquiera de esos tres casos. Por lo demás, cada palabra de este verso plantea numerosas dificultades, aún no resueltas por los especialistas que han editado o estudiado el viejo y glorioso poema: L. Gautier, G. París, Petit de Julleville, F. Brunetière, J. Bédier, A. Cordier, B. Jarnés y muchos otros.

INDICE

BIBLIOTECA BILLIKEN

CON las publicaciones de esta Biblioteca realiza la Editorial Atlántida un amplio y sostenido plan de divulgación literaria, en que las exigencias de una seria cultura se encuentran siempre conciliadas con la amenidad y sencillez que la hacen grata y asequible a todos. Los libros de esta famosa BIBLIOTECA JUVENIL se distribuyen en tres colecciones: 1ª, COLECCION ROJA: comprende reducciones o adaptaciones de obras maestras de la literatura universal; 2ª, COLECCION VERDE: vidas famosas, sea por su ejemplaridad, por su especial significación en la historia o por el interés épico o novelesco de sus peripecias; 3ª, COLECCION AZUL: obras, hechos y hombres de América.

COLECCION ROJA

1. **LA ILIADA** (de Homero) Adapt. de Lauro Palma
2. **LA ODISEA** (de Homero) Adapt. de Lauro Palma
3. **EL RAMAYANA** (de Valmiki) Adapt. de Lauro Palma
4. **LA ENEIDA** (de Virgilio) Adapt. de E. Pérez Mariluz
5. **POEMA DEL CID** Adapt. de Ricardo Baeza
6. **LA CANCION DE ROLDAN** Adapt. de Angel J. Battistessa
7. **LA DIVINA COMEDIA** (de Dante) Adapt. de Lauro Palma
8. **DON QUIJOTE** (de Cervantes) Adapt. de Celso Cruz
9. **LA ARAUCANA** (de Ercilla) Adapt. de E. Pérez Mariluz
10. **TRES OBRAS DE SHAKESPEARE** Adapt. de Carmen Pomés
11. **TRES OBRAS DE CALDERON** Adapt. de Pedro Valle
12. **TRES OBRAS DE LOPE DE VEGA** Adapt. de Angustias Garcés
13. **TRES COMEDIAS DE MOLIERE** Adapt. de Javier Farias
14. **TRES OBRAS DE SCHILLER** Adapt. de Pablo Miranda
15. **EL ANILLO DEL NIBELUNGO** (de Wagner) Adapt. de Angélica Mendoza
16. **LA FERIA DE LAS VANIDADES** (de W. Thackeray) Adapt. de Javier Farias
17. **TARAS BULBA** (de Gogol) Adapt. de Ricardo Arias
18. **GIL BLAS DE SANTILLANA** (de Le Sage) Adapt. de Juan G. Olmedilla
19. **IVANHOE** (de Walter Scott) Adapt. de Angustias Garcés
20. **EL JINETE SIN CABEZA** (de Mayne Reid) Adapt. de Enrique Astibia
21. **LA CARTUJA DE PARMA** (de Stendhal) Adapt. de Francisco Ayala
22. **OLIVERIO TWIST** (de Dickens) Adapt. de Juan Caramiñas
23. **VIAJES DE GULLIVER** (de J. Swift) Adapt. de Juan de Plasencia
24. **LA PIEL DE ONAGRO** (de Balzac) Adapt. de Francisco Ayala
25. **LA CABAÑA DEL TIO TOM** (de E. Stowe) Adapt. de Carmen Pomés
26. **AMADIS DE GAULA** Adapt. de E. Pérez Mariluz
27. **350 POESIAS PARA NIÑOS** Por diversos autores
28. **CUENTOS DE TOLSTOI** Adapt. de Juan de Plasencia
29. **CUENTOS DE OSCAR WILDE** Adapt. de Rafael Dieste
30. **VIAJES DE SIMBAD EL MARINO** Adapt. de A. Serrano Plaja
31. **TARTARIN DE TARASCON** (de A. Daudet) Adapt. de Rafael Dieste
32. **EL CONDE LUCANOR** (de Don Juan Manuel) Adapt. de Rafael Dieste
33. **EL TONELERO DE NUREMBERG** (de Hoffman)) Adapt. de Rafael Dieste

COLECCION VERDE

1. **GRANDES MUSICOS** Por A. Larrán de Vere
2. **GRANDES PINTORES** Por Celso Cruz
3. **GRANDES INVENTORES** Por Celso Cruz
4. **GRANDES POETAS** Por A. Serrano Plaja
5. **INFANCIA DE GRANDES HOMBRES** Por E. Carrió
6. **HEROES DE LA CIENCIA** Por Celso Cruz
7. **MADRES DE GRANDES HOMBRES** Por E. Carrió
8. **LEONARDO DE VINCI** Por L. Alvarez de Toledo
9. **SANTA TERESA** Por Lauro Palma
10. **SANTA TERESITA DEL NIÑO JESUS** Por Mons. Dr. T. J. Solari
11. **SAN FRANCISCO DE ASIS** Por A. Larrán de Vere
12. **SAN IGNACIO DE LOYOLA** Por José Barbanza
13. **LOS REYES CATOLICOS** Por A. G. Usón
14. **GRANDES FIGURAS DE GRECIA** (según Plutarco) Por A. Serrano Plaja
15. **GRANDES FIGURAS DE ROMA** (según Plutarco) Por A. Serrano Plaja
16. **VIAJES DE MARCO POLO** Por Juan Caramiñas
17. **LOS HEROES DEL AFRICA MISTERIOSA** Por Santiago Orfila
18. **CRISTOBAL COLON** Por Lauro Palma
19. **CABEZA DE VACA** Por Clemente Cimorra
20. **HERNAN CORTES** Por Carmen Pomés
21. **MAGALLANES** Por Lauro Palma
22. **LIVINGSTONE** Por Lauro Palma
23. **JUANA DE ARCO** Por José Barbanza
24. **MARIA CURIE** Por Jaime Espinar
25. **PASTEUR** Por Celso Cruz
26. **MAHOMA** Por José Clemente
27. **CARLOS V** Por Edmundo Bianchi
28. **NAPOLEON** Por Pablo Miranda
29. **CROMWELL** Por Mariano Perla
30. **ENRIQUE VIII** Por Angustias Garcés
31. **CARLOMAGNO** Por Angustias Garcés
32. **PEDRO EL GRANDE** Por R. Díaz-Alejo
33. **MARIA ANTONIETA** Por María Gracia
34. **QUEVEDO** Por Clemente Cimorra

COLECCION AZUL

1. **EL ABUELO INMORTAL** Por Arturo Capdevila
2. **MARTIN FIERRO** (de Hernández) Adapt. de A. Larrán de Vere
3. **FAUSTO** (de E. del Campo) Adapt. de Lauro Palma
4. **EL ULTIMO MOHICANO** (de Fenimore Cooper) Adapt. de José Clemente
5. **WASHINGTON** Por E. Nicola Siri
6. **MARIA** (de Jorge Isaacs) Adapt. de Enrique Astibia
7. **AVENTURAS DE HUCK FINN** (de Mark Twain) Adapt. de Celso Cruz
8. **AVENTURAS DE TOM SAWYER** (de Mark Twain) Adapt. de Angélica Mendoza
9. **NARRACIONES EXTRAORDINARIAS** (de Edgard Poe) Adapt. de Juan Paredes
10. **LA GRAN ALDEA** (de Lucio V. López) Adapt. de Enrique Astibia
11. **LA CONQUISTA DEL PERU** (de Guillermo Prescott) Adapt. de Alfredo Monte
12. **LOS SERTONES** (de E. Da Cunha) Adapt. de E. Pérez Mariluz
13. **LOS INCAS** (del Inca Garcilaso de la Vega) Adapt. de E. Pérez Mariluz
14. **LEYENDAS Y FABULAS GUARANIES** Por Ernesto Morales
15. **EL RASTREADOR** Por A. Larrán de Vere
16. **LOS PIELES ROJAS** Por Mariano Perla
17. **LOS NEGROS EN AMERICA** Por Elsa Brunelli
18. **TEATRO INFANTIL** Por Margarita Rothkopf
19. **EL NIÑO POETA** Por Arturo Capdevila
20. **FAR WEST** Por Clemente Cimorra
21. **LINCOLN** Por Lauro Palma
22. **SAN MARTIN** Por A. Larrán de Vere
23. **SIMON BOLIVAR** Por Lauro Palma
24. **JUAREZ** Por Alfredo Monte
25. **BUCHARDO** Por E. Nicola Siri
26. **LINIERS** Por A. Larrán de Vere
27. **FRANKLIN** Por A. Larrán de Vere
28. **MIRANDA** Por Lauro Palma
29. **BELGRANO** Por A. Larrán de Vere
30. **SARMIENTO** Por A. Larrán de Vere
31. **LA INFANTA MENDOCINA** Por Arturo Capdevila
32. **SANTA ROSA DE LIMA** Por Luis M. de Cádiz
33. **JUVENILIA** Por Miguel Cané

TITULOS PUBLICADOS EN LA

COLECCION ORO

DIVULGACIÓN AMENA DE TEMAS CIENTÍFICOS
HISTÓRICOS Y LITERARIOS

TEMAS CIENTIFICOS Y GEOGRAFICOS

1. MARAVILLAS DE LAS REGIONES POLARES — J. O. Espasandín
3. POBLADORES DEL MAR — J. O. Espasandín
4. PRODIGIOS DE LAS AVES — J. O. Espasandín
5. LOS SERES MICROSCOPICOS — J. O. Espasandín
6. GIGANTES MARINOS — J. O. Espasandín
7. EL CORTEJO SOLAR — J. O. Espasandín
8. UN PASEO POR EL CIELO — J. O. Espasandín
9-9 bis. SOCIEDADES DE INSECTOS * — J. O. Espasandín
19. PRODIGIOS DE LAS PLANTAS — J. O. Espasandín
23. NUESTRO PLANETA — J. O. Espasandín
24. ANIMALES PREHISTORICOS — José Barbanza
29. LOS MISTERIOS DEL AMAZONAS — Ramón Prieto
30. EL HOMBRE Y EL MEDIO — Santiago Orfila
31. LA HERENCIA BIOLOGICA — Gregorio Aráoz
32. LA PSICOLOGIA ANIMAL — José Barbanza
42-43. BAHIAS DE AMERICA — William Beebe
78. LA CONQUISTA DE LAS CUMBRES — Tibor Sekelj
79-80. EL PETROLEO — Orfila Reynal
81-82. LOS ATOMOS — J. O. Espasandín
83-84. HISTORIA DE LA MEDICINA * — G. S. Guisande
85. LAS RAZAS Y LA HISTORIA — E. Pérez Mariluz
89-90. LA MATEMATICA MODERNA — Manuel Balanzat
93-94. DEL CIELO Y DE LA TIERRA * — Martín Gil
95-96. LAS MARAVILLAS DE LA NATURALEZA — Lord Avebury
97. ANIMALES VIAJEROS — J. O. Espasandín
98-99. EL MUNDO DE LOS REPTILES — J. O. Espasandín
100-101. DICCIONARIO DE BIOLOGIA * — S. Bertrán y B. Elizalde
102-103. HISTORIA DE LA CIENCIA * — Santiago Bertrán
111-112. LA ATMOSFERA INQUIETA * — Roger Moulin

TEMAS HISTORICOS

2. LA CIVILIZACION DEL NILO — J. O. Espasandín
11. LA GRECIA HEROICA — J. O. Espasandín
12. LA GRECIA CLASICA — J. O. Espasandín
13. ROMA: LA REPUBLICA — J. O. Espasandín
14. ROMA: EL IMPERIO — J. O. Espasandín
17. LAS CIUDADES ANTIGUAS — Mariano Perla
20. EL RENACIMIENTO — Lorenzo Varela
22. LAS CRUZADAS — José Luis Romero
35. LA CIVILIZACION CHINA — E. Nicola Siri
36. LA CIVILIZACION AZTECA — Córdova Iturburu
48. A TRAVES DE LA PREHISTORIA — E. Pérez Mariluz
49-50. HISTORIA UNIVERSAL — José Luis Romero
55. HISTORIA DEL COMERCIO — Pedro Valle
65-66. LA EDAD MEDIA — Carmen Muñoz
69-70. HISTORIA DE LA IGLESIA — Luis M. de Cádiz
76-77. DICCIONARIO DE HISTORIA UNIVERSAL * — José Luis Romero
86-87. LA CIVILIZACION MESOPOTAMICA — J. O. Espasandín
110. HISTORIA DE LA CONQUISTA DEL RIO DE LA PLATA — Blanco Villalta
117. HISTORIA DE LA INDUSTRIA — Ramón Prieto

AMERICA

25. ARGENTINA — E. Nicola Siri
26. ESTADOS UNIDOS — José Barbanza
28. BIOGRAFIA DE BUENOS AIRES — Pablo Rojas Paz
39. EL CONTINENTE AMERICANO — E. Pérez Mariluz
40. MEXICO — J. Espinar
41. BRASIL — Luis F. de Melo
71. CAMPO ARGENTINO — Pablo Rojas Paz

TEMAS VARIOS

52. LOS GITANOS — Clemente Cimorra
53-54. DICCIONARIO DE LA ACTUALIDAD * — Córdova Iturburu
56. LOS VIAJES A TRAVES DE LOS TIEMPOS — Alvaro Ossorio
57-58. LOS OFICIOS — J. Espinar y L. P. de Cazenave
88. LA PALABRA A TRAVES DEL ESPACIO — R. de Castro Esteves
104-105. ROCKEFELLER Y SU TIEMPO — Clemente Cimorra
106-107. HISTORIA DEL PERIODISMO — Clemente Cimorra
108-109. HOMBRES Y MOMENTOS DE LA DIPLOMACIA — Pablo Rojas Paz
113-114. EL PLACER DE VIVIR — Lord Avebury

ARTES Y LETRAS

10. NARRACIONES MITOLOGICAS — J. O. Espasandín
15. CERVANTES — Luis M. Baudizzone
16. LOS MISTICOS — A. Serrano Plaja
21. SENTIMIENTO Y EXPRESION EN LA MUSICA — Vicente Salas Viu
33-34. HISTORIA DE LA ARQUITECTURA — Javier Farias
37-38. EL ARTE DE ESCRIBIR — Antoine Albalat
44-45. HISTORIA DEL TEATRO — Javier Farias
46. LITERATURA ARGENTINA — E. Morales
51. LITERATURA FRANCESA — Héctor P. Agosti
59-60. ESPAÑA EN LA EDAD DE ORO — A. Serrano Plaja
67-68. LITERATURA UNIVERSAL — Javier Farias
73-74. LITERATURA RUSA — Pedro Romeral
75. PUSHKIN — Pedro de Olazábal
115-116. EL ROMANTICISMO — Jaime Espinar

DERECHO Y SOCIOLOGIA

18. EL MUNDO DEL HOMBRE PRIMITIVO — Francisco Genil
27. HISTORIA DE LA LIBERTAD — Francisco Ayala
47. NOCIONES DE DERECHO POLITICO — Angel Ossorio
72. NOCIONES DE DERECHO INTERNACIONAL PUBLICO — Angel Ossorio

FILOSOFIA

61-62. FILOSOFIA GRIEGA — Alberto Schwegler
63-64. SAN AGUSTIN — Luis M. de Cádiz
91-92. LA EDUCACION DEL HOMBRE, SEGUN PLATON — R. L. Nettleship

Dos Números: Volumen Doble.
*Asterisco * : Volumen especial.*